

Gran Bretaña: la huelga de los mineros, una guerra de clase implacable

En el momento de escribir estas líneas, la huelga de 150.000 mineros ingleses (80% del total) entra en su onceava semana. Primer balance: enfrentamientos casi diarios cuerpo a cuerpo de miles de mineros (piquetes de apoyo secundario) contra miles de policías movilizados en pie de guerra; 2.700 detenciones; 300 heridos reconocidos y un muerto, y pozos abandonados que rápidamente se degradan. El capital, más decidido que nunca a romper la acción de esta fracción del proletariado, disponiendo de numerosas cartas para conseguirlo. Los mineros, más decididos que nunca a continuar la lucha con renovadas acciones que podrían cambiar los «datos objetivos» de los políticos, de los dirigentes del National Coal Board (N.C.B., la patronal del carbón) y de los burócratas sindicales atrapados en sus respectivas estrategias.

En este momento, y sea cual sea el desenlace, puede decirse que de nuevo se trata de un enfrentamiento directo de clase como los que el capital inglés ha conocido durante los últimos diez años. Por un lado, el poder del Capital intenta probar las armas renovadas en los últimos años para romper la acción autónoma del proletariado inglés. Por otro lado, un proletariado que emplea todas las tácticas de lucha que durante estos 20 últimos años ha ido experimentando y que intenta forjar otras nuevas en dialéctica respuesta al poder.

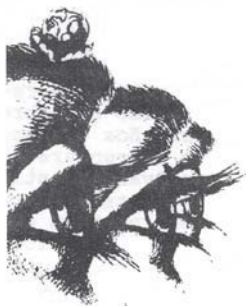
En esta guerra de clase, parece primordial analizar el por qué de la lucha y las condiciones en que, de un modo u otro, se ha desencadenado, así como analizar las manipulaciones del Capital y de las burocracias sindicales. Lo haremos más adelante ya que no podemos comprender el desarrollo de una lucha y todas sus implicaciones sin un pormenorizado análisis de sus vicisitudes y de sus supuestos.

Pero todo esto no es lo esencial en este nuevo episodio de un combate que continúa con distintas vicisitudes y específicas formas autónomas desde el final de la II Guerra Mundial. Lo importante es la continuidad de esta guerra de clase y lo que anhelan, tanto las «grandes luchas» como las simples pero constantes escaramuzas.

El Capital ha intentado superar en varias ocasiones esta crisis específica de Gran Bretaña mediante distintas medidas represivas, empleando uno tras otro los medios tradicionales (la policía, el sindicato, legislaciones específicas), o los medios indirectos como pueden ser las nacionalizaciones, el «welfare state», la participación de los sindicatos al nivel del Estado, actualmente al nivel de las empresas. El resultado ha sido que durante estos últimos diez años el capital inglés ha debido enfrentarse a tres respuestas sucesivas y distintas del proletariado contra las tentativas de reducir la relación de fuerzas que bloqueaba toda evolución favorable para la explotación. En primer lugar, las huelgas de los mineros y dockers durante los años 1972-74 que condujeron a la caída de un gobierno conservador y al fracaso de la primera tentativa de romper legalmente la acción autónoma. Después, las huelgas del invierno del 1978-79 que condujeron a la caída de un gobierno laborista con el fracaso de otra tentativa de romper la acción autónoma mediante el control «persuasivo» de los sindicatos y del Labour party. Por último, las revueltas del verano de 1981 que eran la respuesta a una tentativa de manipular la crisis creando, mediante la reducción del welfare, un ejército de reserva capaz de presionar al máximo para acrecentar la tasa de explotación. Es difícil decir cual será el alcance de la actual huelga de los mineros y cuales serán las consecuencias no sólo políticas sino fundamentalmente económicas.

Todas las luchas de estos diez últimos años han remarcado el miedo de la burguesía inglesa que se ha traducido en la elaboración de una nueva legislación directamente represiva contra la última manifestación de la autonomía: los piquetes de apoyo, mediante la constitución de una fuerza de policía capaz de actuar contra todas las manifestaciones del proletariado. Aparentemente, esta nueva táctica ha sido perfilada por los conservadores en un contexto de oposición verbal del Labour party y de las Trade Unions, pero todo esto disimula mal un real consensus expresado claramente en la idea general de que todo el mundo debe someterse a la ley. Está claro que la actual huelga de los mineros es una respuesta a este último intento del Capital por romper «definitivamente» el movimiento autónomo.

Los puntos fuertes de las luchas que acabamos de ver no deben esconder el hecho de que expresan el enfrentamiento directo y diario de dos clases, en unas circunstancias precisas que, unificando la acción del proletariado, lo han llevado al nivel de un ataque directo contra el capital y su expresión política. Tanto en estas luchas diarias como en los enfrentamientos nacionales, no hay necesariamente unificación entre los distintos elementos de la clase o entre los distintos frentes de lucha; las revueltas de 1981 pueden parecer muy alejadas de las batallas semanales de los partidos de fútbol como de las batallas entre policías y piquetes; la proliferación agresiva de los piquetes en el invierno del 78-79 puede parecer muy lejana tanto de los ejércitos bien controlados de Grunwick o de Warrington como de los rechazos diarios a cumplir con las normas del trabajo en la empresa. Todos estos elementos no hacen más que expresar, en condiciones extremadamente diversificadas de lugares, causas, métodos de lucha, elementos del proletariado implicados... un combate único del cual los propios interesados no tienen, a menudo, conciencia de la unidad de lo que hacen con otras formas de lucha proletaria. Es el Capital el que integra esta unidad y la transporta al proletariado por el efecto global de estas luchas dispersas sobre el nivel de explotación y de extracción de la plusvalía por la unidad de su represión.



La huelga de los mineros muestra claramente como el desarrollo de la lucha y la determinación de los trabajadores obliga a las partes concernidas a desenmascararse de manera que al final sólo quedan frente a frente el proletariado por un lado, utilizando indiferentemente todos los métodos de lucha antes fraccionados, y, por el otro lado, los auxiliares del capital unidos por la voluntad común de romper

la autonomía y acabar con la lucha presentada como una «catástrofe».

Dos elementos aparecen, de entrada, en esta huelga de los mineros:

- el abandono de los pozos en huelga sin mantenimiento, lo que hará que algunos se deterioren.
- el restablecimiento, a pesar de la reciente ley, de los piquetes secundarios que intentan no sólo parar los pozos actualmente en actividad, sino bloquear todo movimiento del carbón hacia las industrias que han de utilizarlo, así como bloquear los productos que podrían sustituirlo.

Esta acción se enfrenta inmediatamente a un despliegue policial sin precedentes, con batallas de miles de mineros y miles de policías frente a frente. El gobierno utilizará una táctica ensayada durante las revueltas del verano de 1981 con una especie de gabinete de guerra instalado en plena zona minera y disponiendo de unidades estacionadas en lugares precisos y dotados de gran movilidad: se ha entablado una verdadera guerra. El aparente fracaso actual de los mineros en extender su lucha no puede atribuirse ni a los mineros, ni a la extensión de la represión, ni tampoco a la eficacia de las burocracias sindicales. No hay duda de que la acción de los mineros ha encontrado eco y que pueden citarse numerosos ejemplos de solidaridad que han impedido los movimientos de combustibles. Pero es también evidente que la lucha de los mineros contra el cierre de los pozos, y contra la reestructuración no es la lucha de otras fracciones del proletariado, incluyendo una parte de los mismos mineros y por tanto la lucha no se ha desplazado hacia otro plano donde hubiera podido encontrar esa fuerza unificadora.

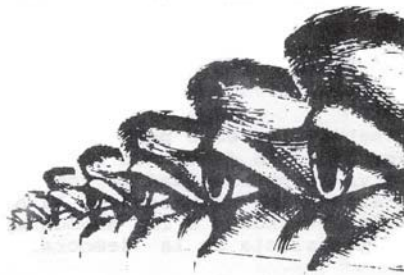
La dialéctica de la lucha ha llevado a ésta a un cambio de métodos en la acción de piquetes o de pequeños grupos de espontáneos. Vemos aparecer una especie de guerrilla donde se junta el sabotaje, la violencia física, la intimidación, etc... Esta evolución de los métodos de lucha puede comprenderse a través de la evolución de los medios de represión utilizados. De entrada, el Capital piensa poner en acción la ley sobre los piquetes secundarios; la acción jurídica emprendida se acaba en un juicio. Pero tal juicio no será jamás aplicado ya que atañe obligatoriamente al sindicato pero no a los mineros. Intentar aplicarlo tendría dos efectos:

- lograr la unidad de todos los mineros detrás del sindicato ahora que tal unidad no existe y es un elemento capital para la represión de la huelga.
- dividir el sindicato que debería más o menos replegarse a la ley, en tanto la base no se vería directamente concernida al proceso judicial, lo que reforzaría la autonomía.

Es importante para el futuro de las luchas lo que esta lucha de los mineros ha demostrado, ya que la lucha misma hacía inoperante a la ley y deja enfrentados a los mineros frente a la represión directa de la policía. La evolución de los métodos de lucha de la que hemos hablado condujo a requerimientos judiciales por «disturbios» contra los mineros; el mismo tipo de requerimiento empleado durante la revuelta del verano del 81. Asistimos a una convergencia de la represión organizada en función de un tipo de acción proletaria que acaba por encontrarse frente a este mismo tipo de acción; pero sin duda con características distintas ya que la policía debe crear en este momento unidades especiales dotadas de medios excepcionales para hacer frente a esta guerrilla de nuevo cuño.

La represión sindical sobre el movimiento es más difícil de enmarcar. Las medidas pueden hacer de pantalla apuntalando el «radicalismo» de Scargill (presidente de la Unión Nacional de Mineros) y de la mayoría de la U.N.M. opuesta a las diversas burocracias sindicales. Igual que por lo que respecta a la acción de la policía, la autonomía obrera obliga a una «izquierda sindical» a utilizar una fraseología nueva que «infringe la ley» en varios terrenos: reconocimiento implícito de la orientación del movimiento de base. Esto es necesario para guardar el control de esta base. Esta «izquierda» del U.N.M. entró en acción al ver el empuje del movimiento autónomo. Ante estas maniobras de unos generales contra otros generales, los mineros se encuentran aislados; divididos, desarmados, teniendo que luchar prácticamente solos con su única determinación, con la organización de su vida (el sindicato no da ninguna indemnización por la huelga y por tanto los mineros deben autoorganizarse para sobrevivir), con la organización de su lucha. Un ejemplo de tales maniobras es lo referente al voto

nacional por o contra la huelga. Presentada por los dirigentes del U.N.M. como una afirmación de la voluntad de huelga de los mineros, se ha convertido en un arma de doble filo contra los mismos mineros:



- al persistir en rechazar esta votación en un momento en el que hubiera hubiera podido dar una mayoría por la huelga y

crear una unidad en la acción, la dirección sindical mantiene la división y autoriza la explotación de la situación por los media y por el gobierno: la unidad se hace todavía más difícil entre los trabajadores,

- reservándose esta posibilidad de voto nacional, la dirección sindical se reserva la posibilidad de romper la huelga situándose al margen de la decisión y devolviéndola a los mismos mineros con la falacia de la «democracia».

Es muy pronto para ver como va a evolucionar todo: si en la acción autónoma la huelga ha recompuesto elementos de la acción global del proletariado del período anterior desde los piquetes hasta la práctica de la guerrilla, no ha podido sin embargo recomponer la unidad del proletariado. Pero la determinación de los mineros cogida entre la represión policial y la represión sindical, puede conducirles no al abandono y al desánimo, como esperan los estrategas de esta batalla, sino por otros derroteros autónomos cuyo efecto podría ser determinante sobre la recomposición de la lucha de todo el proletariado.

H. S. Londres, mayo 1984

Algunos datos sobre la huelga

El movimiento se desencadenó en la semana del 12 al 18 de marzo de 1984, cuando los mineros de Escocia, Yorkshire, Kent y Durham son convocados a la huelga por sus representantes de zona, ante el anuncio de una reducción de empleos de 20.000 puestos. Los mineros de Midlands y Cumbric votan contra la huelga.

La N.B.C. (patronal) presenta un requerimiento judicial contra el N.U.M. (sindicato minero) en base al decreto de Empleo con el fin de detener los piquetes de apoyo. Se produce un muerto durante la represión de los piquetes y el Centro Nacional de Scotland Yard pasa a dirigir todas las operaciones policiales,

centrando la mayor parte de los operativos disponibles en Gales e Inglaterra.

Posteriormente, los mineros de Derbyshire se unen a la huelga con lo que se alcanza un nivel del 80% de yacimientos parados. Los mineros de Kent pierden en el Tribunal Supremo una demanda presentada para que fuesen demostradas las facultades legales de la policía para detener los piquetes volantes en Midlands.

Los mineros de Lancashire son convocados a la huelga, secundándola la mayoría. La factoría siderometalúrgica de Scumthorpe es parcialmente cerrada.

En previsión de la continuidad de la huelga, el Consejo Central de Producción Eléctrica compra petróleo en el mercado de Amsterdam por valor de 50 millones de libras, para conservar los stocks de carbón. Paralelamente se adopta la decisión de incrementar la producción en sus cinco grandes plantas alimentadas por petróleo.

El ala moderada del N.U.M. presiona para que sea convocado un referéndum nacional entre los mineros. Por otro lado, el Instituto de Opinión Pública revela que el 69% de los mineros es favorable al referéndum.



Los trabajadores del transporte ignoran el edicto sobre el transporte de carbón, solidarizándose así con los mineros.

En vez del referéndum, el ejecutivo nacional del N.U.M. convoca una conferencia especial de delegados. Entretanto, en un mayúsculo alarde de cinismo, Margaret Thatcher declara a TV: «ningún gobierno ha

hecho nada mejor por la industria del carbón que éste»

La Conferencia Especial de delegados del N.U.M. hace un llamamiento a la huelga a todas las zonas, mostrando su acuerdo con un cambio de dirección que permita al sindicato convocar una huelga nacional con mayoría simple en lugar del 55%. Aunque los líderes de Notts y Midlands llaman a la huelga, el 80% en Notts y algunos en Midlands continúan trabajando.

Ante el cariz que toman los acontecimientos, Mac Gregor, representante de la patronal (N.B.C.) declara que tenía la facultad de alargar el plan de cierre de los pozos por un plazo mayor de los doce meses ya fijados.

A comienzos de mayo, las plantas Didcot en Oxfordshire y Aberthaw en Gales del Sur, cesaron en su actividad para ahorrar carbón.

En ese momento el consumo de carbón representa menos de la mitad del fuel usado en la industria eléctrica, mientras que antes de la huelga representaba el 75%.

Ante la imposibilidad de transportar carbón por ferrocarril, se recurre a su transporte por carretera. Se producen enfrentamientos entre piquetes de mineros y esquirols el 1º de mayo en Mensfield.

A mediados de mayo, el N.U.M. concede permiso para que sean abastecidas de fuel las acerías de Ravenscraig y Llanwem en Gales del Sur, para evitar daños en los hornos.

En este mismo mes de mayo el Partido Laborista y la patronal establecen conversaciones para poner fin al conflicto. Se produce una concentración de 45.000 mineros en Mansfield. Son detenidos 50 mineros e inculpados por desorden público dentro de un proceso de delito común. La policía establece patrullas especiales para combatir la acción de los piquetes contra los esquirols.

Por otra parte, con el fin de estrechar el cerco contra los huelguistas, Rhodes Boyson, Ministro de la Seguridad Social, manifiesta que la «ayuda alimentaria», así como cualquier otro tipo de percepción regular «en especie» por un valor de 4 libras por semana sería considerado como una forma de ingreso y, por tanto, sería deducido de su seguridad social.

Ya en el mes de julio los estibadores iniciaron un movimiento huelguístico que paralizó el tráfico marítimo de mercancías en la mayor parte de los puertos de Gran Bretaña. Representaba la certeza inminente de una escasez generalizada de productos alimenticios (no olvidemos que Gran Bretaña depende bastante de sus importaciones de hortalizas y frutas...).

El motivo de esta huelga radicó en el incumplimiento por parte de la patronal portuaria del acuerdo según el cual la contratación de estibadores dependería de la propia organización sindical de los portuarios. Pues bien, dado que el sindicato de portuarios había puesto de manifiesto su solidaridad con los mineros, negándose a descargar el carbón importado, la patronal optó por la contratación de esquirols no sindicados. Frente a esta actitud de la patronal, la resolución de los estibadores fue negarse a descargar cualquier mercancía. Una vez que la patronal dio marcha atrás en sus pretensiones se reestableció la «normalidad» dentro del acuerdo de no descargar carbón. Posteriormente y por la misma razón, se retomaría la huelga de portuarios.

Finalmente, el congreso anual de las Trade Unions, celebrado el verano en Brighton, acordó apoyar a la huelga de los mineros por parte del conjunto de sindicatos británicos.

En el momento de redactar estas líneas (mes de octubre) el mantenimiento de posiciones por parte de los mineros hace pensar en la prolongación del conflicto y en la posibilidad de su repercusión en la industria del acero.

PRESENCIA Y REALIDAD DE LA CRISIS

Este artículo, escrito por unos compañeros de Boston, apareció en el último nº de su boletín *MIDNIGHT NOTES*. Se puede conectar con ellos:

Midnight Notes

P.O. Box 204.

Jamaica Plain. MA. 2130. U.S.A.

La crisis energética fue la respuesta del capital a la crisis impuesta por la lucha de clases internacional, que se proyectó en una recomposición de la acumulación mundial basada, a su vez, en una remodelación de la formación de clase a nivel internacional. El aumento del precio del petróleo permitió un incremento de la plusvalía (acarreado, por eso, una reducción salarial de los obreros de USA en particular) y un cambio en los beneficiarios de aquella plusvalía (las multinacionales de la energía, los bancos y los países exportadores de petróleo). La acumulación se materializó en una modernización y expansión de la capacidad productiva en cuatro áreas geográficas: en Europa Oriental, particularmente en Polonia; en Oriente Medio, sobre todo el Irán; en los países exportadores del Lejano Oriente, Taiwan, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong; y en algunas naciones de América Latina exportadoras de petróleo (Venezuela, México) y exportadoras de productos manufacturados (particularmente Brasil con su amplio, aunque relativamente subdesarrollado mercado interior). En esta circulación del valor productivo, las deudas empezaron rápidamente a subir con el combustible en un próspero «desarrollo». Con el aumento de las importaciones de capital y de mercancías en los países del Tercer Mundo y con el aumento de sus exportaciones, se incrementó el comercio con USA, Europa Occidental y Japón, ampliándose la interdependencia tanto entre los Estados nacionales como del mismo capital que se hizo así más internacional a un más amplio y profundo nivel. El flujo de capital-dinero se aceleró, así como sus repercusiones expresadas en la emigración a gran escala, intensificada especialmente en los movimientos migratorios del Tercer Mundo, p.e., los trabajadores del Sudeste Asiático fueron llevados a los pozos de petróleo del Golfo Pérsico.

No obstante este plan para un nuevo ciclo de desarrollo, colapsó en 1979. Este artículo, escrito en la víspera del décimo aniversario de «La Crisis», analizará las consecuencias de este colapso del 79 y las perspectivas de la «recuperación capitalista». Nuestros análisis se basan sobre criterios generalmente

aceptados en los análisis de la lucha de clases e incluyen por tanto datos sobre luchas y otros tipos de análisis que consideramos necesarios a tales efectos.

Desglose del balance por zonas

En la primera fase de «La Crisis», entre 1973 y 1979, la clase obrera USA pareció ser el «eslabón débil», del ciclo internacional de la lucha de clases. Sin embargo las demandas salariales en USA se extendieron nuevamente después de la recesión provocada por la subida «deliberada» del petróleo del 1974-75, mostrando que la «presión inflacionista de los salarios» no había sido suficientemente sojuzgada, ni en su terreno fuerte de siempre: las cadenas de montaje en fábricas y minas, ni en el nuevo terreno de las luchas sociales: mujeres, gays, antinuclear, etc. En Europa y Japón, los salarios, al nivel de clase, habían alcanzado una brusca paridad con los de USA. A través de este período una persistente lucha salarial continuó extendiéndose por Europa, lo que aparte de algunas derrotas puntuales en Italia supuso un desarrollo de la crisis de rentabilidad. Así pues, en este período la esperanza de un cambio positivo de la relación beneficio/salario era más bien remota.

De este modo, el capital llegó a depender cada vez más del éxito de sus planes de acumulación en Europa del Este, Asia, África y América Latina. Pero fue precisamente en estas áreas donde el capital descubrió sus mayores riesgos:

- Irán fue el más importante. Este foco de la estrategia capitalista explotó ante sus propias narices, no sólo desplazando billones de dólares de las inversiones sino, lo que es más importante, mostrando un profundo «rechazo del desarrollo» por parte del proletariado mejor pagado del Tercer Mundo. Que la revolución de los técnicos, trabajadores industriales, habitantes «dumpen» de las ciudades y campesinos se volviera en su contrario enfrentándolos entre sí, y todos atacaran a mujeres y gays, fue ciertamente un gran alivio para el capital. La contra-revolución de Jomeini demostró, enseguida, que el fundamentalismo islámico no amenazaba al capitalismo ni tan siquiera

a escala regional y si algo hizo fue bloquear y sofocar las fuerzas insurreccionales en Oriente Medio, p.e., el arrasamiento israelí de Beirut presuponía la masacre de la joven revolución iraní y la guerra Irán-Irak. En resumen, la revolución de febrero de 1979 fue, como ya explicamos, una «mutua destrucción de clases» pero mostró definitivamente que la «crisis del petróleo» como modelo de acumulación mundial no podía proseguir como se había proyectado.

- El plan, apoyado conjuntamente por el capitalismo de Estado del Este Europeo y por el capital transnacional de Occidente, y encaminado a utilizar la fracción del proletariado del Este Europeo, más disciplinado y peor pagado, de cara a una acumulación sobre bases más «modernas», fue abortado por la revuelta de los obreros polacos de 1980. De nuevo la



religión, en este caso el catolicismo, contribuyó a que la revuelta quedara estancada, al tiempo que los bancos occidentales y la amenaza inmediata de los tanques soviéticos la yugulaban; pero Polonia se hundió más aún en su ruina ante las exigencias de los trabajadores polacos, lo

que hizo necesaria la demanda de continuas ayudas por parte del capital del Este y del Oeste. Ciertamente la revuelta de Gdansk se esparció sobre Rusia y supuso una ducha de agua fría para los planes desarrollistas de Andropov.

- Los acontecimientos de 1978 y 79 perturbaron también los planes del capital en África y en América Latina. La victoria de los sandinistas en Nicaragua ayudó a superar el pánico de la izquierda desde el golpe de Chile con el que empezó «La Crisis» y creó una ocasión que amenazó con desencadenar la guerra civil en una amplia región que, de ponerse en marcha, no necesariamente se hubiera quedado al sur de los pozos de petróleo de México y al norte del Canal de Panamá. Al mismo tiempo que al otro lado del Atlántico Sur, el éxito total de la guerra en Zambia agudizó la amenaza en uno de los mayores centros de acumulación y de altos beneficios del continente: Sudáfrica.

Estas revueltas y guerras civiles fueron cruciales para «La Crisis» a causa de su coincidencia en el tiempo y su dispersión en el espacio mundial. Destruyeron la real distribución de la fuerza de trabajo que la «crisis energética» había producido: la integración del trabajo socialista fue bloqueada (Polonia); la constitución de una economía de exportación basada en el dinero del petróleo fue abortada (Irán); la dictadura en los países «basket case» fue derrocada (Nicaragua, Zambia). La hoja de balance de 1979 arrojaba definitivamente

números rojos. La combinación de estas derrotas con la ausencia de unos límites definitivos en los aumentos salariales en Europa, Japón y USA, obligó al capital a acabar con la táctica de la «crisis del petróleo». Ciertamente, la clase obrera internacional no había sido lo suficientemente fuerte como para aprovechar esta coyuntura favorable a fin de generalizar e incrementar el nivel de lucha; de esta forma, aquellas victorias quedaron bloqueadas aún en los sitios de mayor éxito inmediato (p.e., el mismo Irán, Polonia, Zambia de nuestro inventario). Efectivamente, el capital tuvo que ahondar la crisis con el fin de atacar a la clase obrera allí donde se mostraba más fuerte para enfrentarse a la situación de quiebra generalizada. La nueva solución capitalista fue la «crisis rampante generalizada».

La crisis rampante generalizada

La depresión de 1980-83 fue la respuesta capitalista al fracaso de la «crisis del petróleo» para reajustar la composición orgánica del capital a nivel mundial y la distribución internacional de la fuerza de trabajo. Fue inducida conscientemente por el nombramiento para el «FED» de Paul Volker por parte de Carter, y empezó en el otoño de 1979 con la subida de la tasa de interés. Todo esto se hizo con el beneplácito del capital internacional, con varios propósitos:

- El capital se dio cuenta de la necesidad que tenía de acabar con los viejos centros de poder de la clase obrera USA, reduciendo cada vez más las prestaciones sociales, particularmente para las categorías más bajas, mujeres y niños acogidos a la «asistencia social». El objetivo: «austeridad». El significado: un indefinido descenso del nivel de vida, unido a una mayor intensificación del trabajo y de la disciplina social, agudizando las divisiones y la competencia entre la clase obrera.

- La «crisis rampante» era un mecanismo para frenar e invertir la espiral salarial en Europa Occidental donde las luchas sociales se habían incrementado rápidamente llegando al punto culminante con la extensión del «rechazo del trabajo» de la generación posterior al 68. La estrategia capitalista intentaba igualmente dividir a los obreros entre «nativos» e «inmigrados», la mayoría de las veces con la complicidad de la izquierda (p.e., las acciones contra los argelinos del P.C. francés). Japón «necesitó» además una congelación salarial.

- Desde lo de Irán quedaba claro que la transformación capitalista mediante la manipulación del precio del petróleo podía ser, en general, sabotada, y que tenía que atenuarse el ritmo de la transformación. La depresión en USA e Inglaterra, la recesión en Japón y Europa, restringió las posibilidades de valorización

para los países productores de petróleo. Los beneficios de las compañías petrolíferas habían disminuido, pero ése era el riesgo. Esta estrategia permitió también la intensificación de las divisiones entre las regiones de África y de Oriente Medio, p.e., la expulsión en Nigeria y la matanza de «los trabajadores acogidos» en Ghana.

- La aceptación de la derrota por la clase obrera USA llevó en parte a un aumento del chovinismo (contra Irán, por ejemplo) y a una incapacidad de despegarse de las faldas de la burguesía liberal. Esto allanó el camino para el aumento del militarismo, incluyendo una amplia expansión de la ayuda militar a El Salvador, Guatemala, Honduras; ayudando asimismo a Sudáfrica contra Swapo en Namibia y organizando abiertamente la contra-revolución en Nicaragua y en Angola.

La cuestión fundamental, no obstante, consistía en que el capital no había sido capaz de resolver sus problemas militarmente. USA no podía enviar «marines» a Irán, Zambia o Nicaragua. La operatividad de semejante intervención radica en la represión precisa y concreta del foco subversivo. Si USA hubiera podido responder a las situaciones en América Latina o África militarmente, sus planes no hubieran sido tan fallidos a nivel mundial. Aunque seguramente USA tenía los medios técnicos para atacar estas rebeliones, estaba políticamente bloqueada en casa y fuera. De esta manera el medio de ataque fue el dinero. La combinación de una mayor tasa de interés y de una recesión global creó también una diferente forma de represión. La intervención por medio del dinero es una forma diferente de la intervención militar puesto que su gran universalidad y abstracción lo hace difícil de limitar geográficamente. Como consecuencia, el dinero no sólo atacó los centros conflictivos sino también los centros exportadores de América Latina, Asia y África, que estaban relativamente bajo su control; conflictos gratuitos pero beneficiosos para USA. La forma de crisis en vez de conducir a una guerra general, ha sido la «crisis de suspensión de pagos».

La prisión internacional de los países deudores

Cuando el capital respondió con la «crisis rampante generalizada», los países que habían jugado un papel en la estrategia del «precio del petróleo», importando capital a precios desorbitados, se vieron incapaces de cumplir los pagos puesto que se redujo el mercado donde colocar sus productos. Las sumas adeudadas eran ahora inmensas, totalizando 650 billones de dólares o más, la mayor parte adeudado a los bancos privados de Occidente, siendo el remanente del reciclaje de los «petrodólares». No sólo la deuda había aumentado, sino que los pagos debidos excedían a

menudo las exportaciones realizadas. De hecho el desfaldo había sido ingresado por Polonia, México, Argentina, Brasil y Rumanía, para proseguir con toda seguridad por este camino.

¿Qué significa realmente todo esto? ¿Se trata del inminente colapso del sistema monetario y bancario? Muchos analistas de la lucha de clases piensan así, pues creen que el capital proseguirá sus propias directrices. Pero en esto están equivocados, porque estos analistas se quedan en el «reino de las apariencias» y las directrices del capital pueden ser modificadas para revelar imperativos más profundos.

Una cuestión importante es que, como señaló Henry Kissinger, «más pronto o más tarde se dará una explosión si los países deudores son obligados a prolongar la austeridad simplemente para proteger el saldo de los bancos extranjeros». Argentina ya ha rechazado tal cosa; en noviembre de 1982 anunció unilateralmente que quería convertir 5 billones de dólares de deuda en bonos de bajo interés a cinco años, y los bancos lo han aceptado. En diciembre, los motines llevaron a aumentar los salarios y las prestaciones de desempleo en detrimento de las medidas de austeridad del F.M.I. aceptadas previamente por el Gobierno. En enero de 1983, Jorge Triaca, líder de la Confederación General del Trabajo de Argentina, declaró: «si no hay señales de recuperación, Buenos Aires será un Beirut en seis meses».

Argentina no está sola. El golpe de Sergeant en Liberia fue precedido por motines en demanda de alimentos. El golpe de Estado de Rawling en Ghana expresaba una especial inquietud en torno a la economía. En México la lucha en este terreno ha sido endémica y el temor profundo es que la intranquilidad de los indios en Guatemala pueda extenderse al sur de México. En las recientes elecciones en Brasil, la oposición ganó arrolladoramente el voto popular. Etc.

En respuesta a todo esto, los planteamientos del capital se han movido en varias direcciones. Una es la de «racionalizar» la deuda. Los programas de austeridad del F.M.I. han pasado a ser contraproducentes, despertando críticas desde distintos puntos de vista. La falta de un mecanismo suficiente para organizar la reestructuración de la deuda ha sido incesantemente lamentado. Si el F.M.I. puede ser remodelado para acoger las nuevas necesidades o si ha de crearse una nueva organización, es un tema de debate. Que esta forma de crisis pudiera ser la ocasión para un mayor nivel de organización y de planificación del capitalismo mundial, a través del sistema monetario, es ampliamente aceptado. Sobre estos puntos están básicamente todos de acuerdo, empezando por Kissinger, el Secretario del Tesoro, el anterior director del New York City MAC

Felix Rohatyn, Citibank's Walter Wriston, Norman Bailey del Consejo Nacional de Seguridad, liberales y conservadores, como lo han manifestado hasta la saciedad.

Pero como hemos visto, la raíz del problema no es la falta de planificación capitalista, sino más bien la falta de control sobre la clase obrera. La verdadera discusión no gira en torno a los mecanismos monetarios «en sí mismos», sino sobre quién pagará las deudas.

La posibilidad de un cartel crediticio es, de esta manera, presentado como una amenaza (Kissinger, *Business Week*) o una esperanza (elementos de la izquierda). De hecho hablando desde un punto de vista capitalista, si uno o varios negociadores se sientan a la mesa, lo que pretenden es, simplemente, una salida táctica. El cartel OPEC unido sirvió para la acumulación en una etapa; desunido ahora sirve también a la estrategia de descenso de la acumulación necesaria para la acumulación de ésta. Que un cartel crediticio deba obtener unas mejores condiciones de negociación para sus miembros y que estas mejores condiciones deban suponer una mejora para la clase obrera de los distintos estados-nación, no es en absoluto evidente. Quien pague, saldrá de las luchas que se den en el seno de la clase obrera y entre ésta y el capital, fuera de la sala de conferencias y de la mesa de negociación.

Las sumas adeudadas, que repercutirán negativamente en el futuro sobre la fuerza de trabajo, menos una deducción para disminuir la inflación, puesto que dejan en pie el principal y «real» interés (de tener con el mínimo coste el mayor beneficio), deben ser pagadas por alguien. Para los trabajadores, pagar los costos significa disminuir los salarios reales; para el Capital, disminuir los beneficios. Las propuestas lanzadas a la circulación por figuras mundiales sugieren una extensión a gran escala de la deuda, una reducción de las tasas de interés para que sea por lo menos subvencionada parcialmente por los gobiernos (directamente o vía agencias tales como el F.M.I. o el Banco Mundial), y quizás, imponiendo una forma de reembolso de la deuda estableciendo un porcentaje fijo (24-25%) de la exportación nacional destinada a aquel reembolso. Lo que estas propuestas significan es que la parte de la deuda que va a ser pagada por las clases trabajadoras y los capitales de estos países deudores se reduce (aunque todavía sea exorbitante, intensificando la lucha sobre quien ha de contribuir a pagar esta suma). Los bancos y detrás de ellos los países árabes rentistas, han aceptado bajar más los beneficios (especialmente los Estados rentistas). El balance será asumido por los gobiernos de Occidente, quienes lanzarán la cuestión del pago dentro de la lucha entre obreros y capital en las propias naciones crediticias y entre las naciones

acreedoras puesto que han de intentar extraer el máximo posible de sus trabajadores. Las «negociaciones» obviamente serán muy delicadas, pues a los abogados siempre siguen los fusiles y el dinero.

En torno a los planteamientos reales de la recuperación económica

Aunque se diere un «éxito total» en la reestructuración de la deuda, no captaría las razones verdaderas de la crisis: aún más, tal «solución» pospondría el momento del ajuste de cuentas. No obstante, la verdadera existencia de la «crisis de la deuda» refleja el hecho de que la «crisis rampante» ha extendido sus límites y su oposición: habiéndose catalogado como «relanzamiento». Pero el verdadero planteamiento del relanzamiento trae a la vista una miríada de cuestiones. ¿El capital ha logrado un control suficiente del proletariado internacional para empezar la reacceleración de la acumulación? ¿Un «mejor clima para los negocios internacionales» ha sido establecido realmente como S.S. Ramphal, Secretario General de la Commonwealth, declara?

Por otra parte, el capital, está siendo demasiado temerario y avaricioso al reclamar una renovada rentabilidad?; y, ¿el mundo está preparado para padecer un reajuste durante 4 ó 5 años» como Toyo Gyohten, el Director Ejecutivo del Banco del Japón, declaraba? ¿Significará el relanzamiento económico una escalada en la reivindicación de aumentos salariales y de las luchas sociales en USA y en Europa? ¿La acumulación vía recuperación, expandirá el problema de Irán a otros sitios? ¿Puede un aumento salarial («keynesiano») en países como el Brasil ser un éxito o conducirá directamente a la crisis del keynesianismo impuesta por los trabajadores de USA y de Europa —a más salario, menos trabajo—? ¿Puede el orden social mantenerse cuando las mujeres toman el espacio abierto creado por la economía fundada sobre el salario para atacar la esclavitud asalariada?

Como la respuesta a estas cuestiones está en la intensidad y en la amplitud de la respuesta de la clase obrera internacional, vamos de nuevo a analizar las fuerzas y las flaquezas de esta «entidad».

Análisis USA y Europa

La respuesta de la clase obrera a los ataques de estos últimos tres años no da motivos de optimismo acerca de su capacidad para bloquear los planes del capital que tienden a impulsar la recuperación en base a un mayor recorte salarial y una más rigurosa división del trabajo. A pesar de todo, respecto a USA el capital actúa cauteloso. Reagan está planificando una «recuperación» que reactivará la producción,

manteniendo una tasa de desempleo del 10%. Cada vez más USA se está convirtiendo en un centro exportador de materias primas y de algunos productos manufacturados al mismo tiempo que en un centro mundial de tecnología. La recuperación consiste en apresurarse en diversificar la economía «post-industrial». Pero los planes de Reagan están sujetos a serios problemas, como los debates sobre la continua «re-industrialización». Además, las luchas en torno a llamados «contenidos sociales» (particularmente raza y sexo) no han sido completamente erradicadas. Por ejemplo, *Business Week*, entre otros, cree que los trabajadores de la industria básica desencadenarán rápidamente una escalada de reivindicaciones salariales. Mientras que USA no nos ofrece optimismo, quizás la clase obrera pueda llegar a ser de nuevo el «centro de la amenaza».



Europa es otra historia. Solamente en el pasado año el salario ha empezado a declinar, habiendo subido durante la depresión, a diferencia de lo ocurrido en USA. El capital europeo ahora «comprende que debe también reducir el costo de producción» declaró *Business Week*. No

obstante en Francia, los obreros inmigrados de Renault habían conseguido aumentos salariales, lo que supuso el desbaratamiento de las directrices impuestas por el gobierno socialista. Inglaterra continúa hecha «un lío» a pesar de la gloriosa victoria en Las Malvinas. Alemania esta en recesión bajo el programa de austeridad de los cristiano-demócratas, frente a explosiones en contra del «estilo de vida» capitalista y frente a los misiles USA. En Italia, los ataques del Estado contra los obreros, ayudado por los líderes sindicales, han sido respondidos con un «invierno caliente». En suma, el crecimiento en Europa Occidental parece ralentizarse, con una lucha salarial y una lucha social contra el trabajo que podría amenazar el desarrollo de la reactivación económica.

Así pues, un plan que reactive la economía mundial mediante una reexpansión en USA y en Europa, resulta problemático. Una recuperación en USA sería de corta duración a menos que se ponga de manifiesto que la clase obrera haya aceptado la reestructuración y la reducción salarial impuestas por el capital y que se comprometiera a no lanzar nuevos ataques. Si USA es un mercado para el resto del mundo, un 10% de desempleo y un descenso salarial no serían por tanto un reclamo. Ciertamente, la no recuperación del «primer consumidor» sería lejana. En Europa, la recuperación será, esta vez, sobre la base de una clase

obrero que no ha tenido un compromiso tan dramático como en los años posteriores a la II Guerra Mundial y podría así ser amenazada de un modo más rentable (aunque aportando un «buen mercado»).

Análisis del resto del Planeta

Mientras que USA y Europa pueden ser problemáticos, el resto del mundo ciertamente lo es. Para que en América Latina, África y Asia haya expansión, los mercados interiores y los mercados en USA y Europa deben expandirse. Este proceso es doble ya que el Tercer Mundo representa actualmente el 40% de las exportaciones USA y el 28% del total de las exportaciones de la OCDE. La propuesta de estabilizar el pago de la deuda a través del control de una parte del producto nacional que vaya de un cuarto a un tercio del ingreso por exportaciones, dejando un excedente para la expansión, es un momento de la expansión planificada en la que el Estado jugaría un mayor papel y la clase obrera no afrontaría la «necesidad de la austeridad» para rembolsar los préstamos. No obstante, aunque este es un balance desde un punto de vista posible, porque es posible la expansión fuera de la OCDE, presupone un cambio definitivo en la relaciones de clase.

Este imperativo de unas nuevas relaciones entre la clase dominante y la clase obrera es un presupuesto muy cuestionable. Históricamente, las formas de derrota del pueblo trabajador en el Tercer Mundo no utilizaban la lucha de la clase obrera como «un motor del desarrollo», sino que al contrario, generalmente intentaban sofocar las energías de la clase obrera y reafirmar simplemente los viejos modelos de la dominación de clase; unas pocas experiencias habían intentado alterar dinámicamente estos modelos mientras retenían su esencia. Las Juntas militares, la sucesión de pequeños tiranos, importantes hombres liberales, débiles coaliciones gubernamentales que se colapsaban dentro de las Juntas militares, son justamente una expresión institucional de una primitiva forma capitalista de la relación de clases. Pero esto debe cambiar. Puesto que la clase obrera de USA y de Europa ha bloqueado el nivel de acumulación considerado «necesario» para el capital, una mayor parte de la materialización de la acumulación debe orientarse hacia el Tercer Mundo. Ahora bien, esto sólo puede hacerse si la estructura institucional, económica y política, es radicalmente transformada.

La tarea esencial para esta nueva orientación de la acumulación capitalista consistiría en aceptar a la clase obrera de Europa y USA, como una nueva fuerza para el desarrollo; pero hacer esto supondría aceptar la lucha de la clase obrera e involucrarla en el proceso acelerado de producción social. Esta propuesta ha sido

insinuada y deseada varias veces (p.e., la «Alianza para el Progreso» de los años 60) pero al más leve signo de conflicto ha sido abandonada (p.e., con la escalada de la rebelión en Chile). Ahora, sin embargo, la insinuación debe ser más seria, pues si el resto del Planeta va a ser integrado a la producción de mercancías, se requerirá un keynesianismo modificado.

Inmediatamente, no obstante, salen obstáculos. Primero, levantar la «tapadera» de la lucha de clases conlleva el riesgo de que llegue a ser incontrolable. Chile continúa siendo el ejemplo clásico de como la lucha obrera que el capital pretendió desviar hacia una mayor producción social, se intensificó bajo Frei, más aún bajo Allende, hasta que «se le fue de las manos» y los militares, la CIA y Milton Friedman entraron. No obstante, el resultado no fue el de una situación que llevara el necesitado modelo de desarrollo... antes bien, fue contraproducente. Algunos Chiles pueden ser necesarios para usarlos como «casos ejemplares», pero generalmente tal forma de represión no puede ser algo ampliamente generalizado. Los cadáveres y los trabajadores muertos de hambre no son serios incentivos para la creación de un mayor nivel de producción y consumo. La artimaña del capital será más bien volver la lucha de clases dentro del trabajo y del reformismo.

El segundo obstáculo es la naturaleza de las clases dominantes locales. En América Latina, lo que podríamos llamar los «hábitos de consumo» de la clase dirigente tendrán que cambiar. Por ejemplo, el Presidente de México no podrá en adelante construir palacios para su familia con los fondos del Estado, no sólo a causa del «despilfarro», sino por lo que es más importante aún, porque tal derroche refleja unas relaciones de clase del equipo gobernante incompatible con la necesidad formal más igualitaria de una democracia social integrando a la clase obrera en el Gobierno y en la sociedad. Las relaciones agrarias del latifundio deben ser abolidas para permitir un desarrollo agrícola (como «necesidades básicas» que teorizadores y socialistas han argüido de igual modo).

Una mayor parte de las masas que habitan en los barrios y favelas deben ser considerados como una productividad potencial susceptible de ser integrada dentro del mercado y de la producción a gran escala, y no ser considerada simplemente como ejército de reserva para hacer bajar los salarios en el propio país y a nivel internacional. Semejante proceso conlleva una profunda lucha entre las mismas clases dirigentes. En América Latina, tales luchas han producido golpes militares que, a su vez, han casi universalmente rechazado la reforma agraria y la integración de las masas urbanas dentro de un proyecto de «desarrollo». Velasco en Perú queda al margen como excepción y

su excesivo reformismo fue demasiado lejos, por lo que condujo a un contragolpe.

Del mismo modo que la creación del «Nuevo Sur» requirió una extraña coalición del capital «extranjero» y de la lucha de la clase obrera en los años 1950-60, así también esta experiencia puede repetirse en el Tercer Mundo. De todas formas, tal acción tiene delante aún dos contradicciones mayores. Una, el capital se ha desplazado hacia estos lugares precisamente a causa de los bajos salarios. La existencia de un amplio ejército de reserva/sector de subsistencia no empuja al capital a subir los salarios y de esta manera se frustraron más fácilmente las posibilidades de desarrollo. Dos, la nación con una más amplia influencia sobre la economía mundial y con más poder militar, USA, es gobernada frecuentemente por un régimen que ve la represión de la clase obrera como la única solución de todos los problemas. Lo que lleve pues al Tercer Mundo al reformismo, aún el más modesto, será una causa de fuerza mayor.

El tercer obstáculo estriba en la misma naturaleza del desarrollo capitalista. Hemos visto el movimiento del capital orientarse hacia el resto del Planeta con el fin de sacar provecho del trabajo «barato», contradiciendo la «necesidad de la expansión del mercado». Más aún, la mayor parte del desarrollo realizado por las multinacionales es de capital intensivo «aportando» relativamente pocos puestos de trabajo. Esto no es debido a que la distinta maquinaria productiva adaptada a las necesidades locales y a las características particulares de la fuerza de trabajo no puede producirse de un modo rentable, sino a que el modo de capital intensivo es todavía, a un nivel global, más rentable, a pesar de lo barato de la fuerza de trabajo, que la producción de bienes de consumo. ¿Cómo entonces pueden ser explotadas las masas urbanas? Una propuesta de solución es el modelo chino, aunque al menos en América Latina la proporción de la población que vive en áreas urbanas en mucho mayor, y sobre todo, esta gente ha demostrado que rechaza volver al «sol caliente» aunque sea a «su propia» y subvencionada granja.

Desde el punto de vista capitalista los problemas esbozados quitan importancia a la necesidad de una drástica reorganización de la distribución de la renta y de su relación con la producción. Pero un esfuerzo que exigiría un reformismo radical ¿podrá ser realizado por simple reformismo? En América Latina, para que el desarrollo y la acumulación se desarrollen a gran escala, el capital necesitaría una clase dirigente creativa (y una clase obrera dócil), cosa que no ha sido previamente demostrada.

Dejadnos considerar cada región específicamente en relación a su potencial contribución a la recuperación capitalista mundial. Al África sub-

sahariana (con la excepción de Sudáfrica) es todavía demasiado marginal como para ser significativa. La mayor exportación orientada a las pequeñas naciones del Sur y del Este asiático son demasiado pequeñas como para tener el menor efecto. Si han de expansionar sus exportaciones hacia otras naciones del Tercer Mundo, estas otras naciones deben desarrollarse para llegar a convertirse ellas mismas en mercados. Todo lo cual no hace más que reintroducir los problemas antes apuntados. Las mayores naciones, como la India, poseyendo un excesivo capital industrial intensivo dentro de sus fronteras, parece un país sin deseos y quizás con menos probabilidades de ir hacia una nueva organización capitalista de la acumulación que América Latina.

Así, a escala mundial, nuestro balance de deudas y créditos implica que la recuperación presupone el abandono del modelo keynesiano de la acumulación, en USA y Europa, y la adopción de un «semi» keynesianismo para el resto del Planeta.

La palabra «semi» se refiere aquí al problema fundamental que el capital afronta con las masas obreras del Tercer Mundo; éstas saben que el mundo es redondo y los deseos frustraciones del trabajo de fábrica en Detroit serán perfectamente comprendidos por un trabajador industrial en Sao Paulo. Es decir, un trabajador brasileño de los años 80 no reaccionará de la misma manera que un trabajador de la Ford en los años 20.

Por el contrario, el capital afronta en todas partes a los trabajadores del Tercer Mundo los cuales han sido «rodeados». Por eso la idea de que el capital puede dar marcha atrás al reloj de la historia mediante la «industrialización» de América Latina, Asia y África, es iluso pensarlo.

Totales, balances y números rojos

Ahora nosotros, como cronistas autorizados de la lucha, tenemos la responsabilidad de resumir y dar a nuestros lectores un juicio de su viabilidad.

El capital será capaz de sobrevivir hasta el fin del siglo si la clase obrera tolera una economía mixta en USA, Europa y Japón y un renacimiento del keynesianismo en determinadas partes del Tercer Mundo (con miseria endémica, genocidio y desesperación en las áreas «no escogidas para el desarrollo»). Sino, la marcha del sistema mundial será, no obstante, empujado a sobrevivir. Pero ¿será posible la aquiescencia indefinida de la clase obrera a los planes del capital? ¿Será aceptado un nuevo «contrato social» a escala mundial incluyendo a los anteriores «miserables de la Tierra»? La complejidad internacional de la lucha de clases y la lucha nacional, que va desde

la lucha armada en El Salvador hasta las chovinistas manifestaciones en Nigeria y en la India, lleva, por supuesto, a una interpretación de la situación muy problemática.

Con esta «resignación de la clase obrera» quizás el capital sea capaz de tirar adelante despacio, paso a paso, hacia la salida del túnel en la próxima década. Al final varios factores entrarían en juego:

- Unas relaciones nuevas con URSS y sus satélites y el comienzo de la integración de China dentro de la economía mundial será necesario. Después de todo, el bloque soviético está dispuesto a dar un «nuevo salto» en su modo de acumulación.

- En América Latina y en varias regiones del Tercer Mundo, el capital tendrá que intensificar la industrialización y crear un fuerte movimiento para integrar a la clase obrera dentro de la economía y de la política, un movimiento que incluya al proletariado rural. La Revolución Verde tendría que producir una nueva generación de especies agrícolas que fuesen alimenticias y que requirieran escasas inversiones y tecnología, abriendo así el camino con algún tipo de reforma agraria y un desarrollo rural que conservase la clase de los pequeños granjeros.

- En USA, Europa y Japón emergen nuevas tecnologías desde lo que por ahora son sólo experiencias de biogenética y computer/informática industrial, que llegarán a ser la punta de lanza de la producción en una mayor medida de lo que ahora se piensa... dominando totalmente un nuevo modo de crecimiento y de represión.

Todas estas consideraciones definen el «escenario ideal» para el desarrollo del capital, dependiendo de las simultáneas derrotas de los dos polos de la clase obrera mundial y con esto, una superación tecnológica usando la energía de la clase obrera, encauzando las derrotas dentro de los nuevos modelos productivos. Por otra parte, la incapacidad del capital de derrotar definitivamente a la clase obrera, deja al capital muy vulnerable en este momento de transición. Aunque las derrotas de la clase obrera por el capital pueden no presentar las proporciones que en Chile 1973, y mucho menos la «apocalíptica y genocida» visión de nuestros colegas, debemos advertir a los lectores que la derrota del capital debe siempre asumir una drástica dimensión total, si no, será simplemente una victoria temporal «reformista». A pesar de todo, en este estadio crítico, los reveses temporales podrían representar para el capital una especial significación ya que aquel intenta restablecerse de su propia crisis. Porque en un tiempo de crisis, acciones aparentemente insignificantes se amplifican y sobrepasan sus primeras intenciones.” ♦

Correspondencia

Respuesta a A.B. (ver Etcétera n° 3)

(...) Al anteponer solidaridad a abundancia, al hablar de comunismo, lo que pretendía era precisamente subrayar lo que en tu contestación afirmas: que la abundancia es un hecho social y no un nivel físico o tecnológico determinado.

Lo mismo puede decirse de la escasez. Hoy es una relación social determinada, el capital, la que instaura la escasez y no el grado técnico. Economía y dinero postulan la escasez; mientras haya dinero siempre habrá poco. Por esto hablamos del comunismo como un mundo sin dinero, como el fin de la Economía.

De todas formas cuando más abajo en tu contestación dices que la abundancia es una condición previa al comunismo vuelves a introducir la confusión, pues entonces abundancia se vuelve a entender como nivel técnico.

El fin del capitalismo y el inicio del comunismo se darán en el mismo nivel técnico. Será pues el comunismo lo que instaurará la abundancia y no al revés (como pretenden los «abundancistas»).

Esto no quiere decir que el comunismo sea indiferente al nivel técnico, o que lo podamos entender como un reparto de la pobreza (ni el comunismo primitivo lo fue como señala Sablins). Hay evidentemente una relación mutua entre nivel técnico y relación social.

Cuando yo hacía primar la relación social sobre el nivel técnico lo que pretendía era precisamente impedir una comprensión mecanicista del comunismo, como fruto maduro de la tecnología actual, para hacer incapié en la comprensión del comunismo como un nuevo tipo de actividad humana. Actividad que ciertamente está condicionada por el actual nivel técnico.

J. S.

(...) En Renfe han sucedido cosas muy importantes que me atañen a mí y a otros compañeros, como consecuencia de querer defender la postura de los trabajadores de mi taller contra la represión que la empresa quiere establecer debido a la reestructuración que está haciendo y que consiste en la mayor productividad, mejor calidad y en recompensa igual retribución económica; al mismo tiempo ha establecido un

sistema de comportamiento que supera a lo establecido en el Régimen anterior y que el régimen socialista está imponiendo porque piensa que los 20.000 millones de pesetas de déficit que tiene la Renfe tienen que sacarlos de los trabajadores, y mientras, establece medidas dictatoriales a los obreros, las clases altas siguen disfrutando de un trato especial, y no sólo eso sino que aumentan los cargos, creando nuevos directores que a la vez repercute en otros puestos que están vinculados a ellos, con ingresos de verdadero lujo y continuando invirtiendo millones en materiales que no son necesarios sino para el negocio de ellos.



Sobre la plantilla, existen en la actualidad 75.000 ferroviarios pero están haciendo lo posible, y lo están consiguiendo, reducirla creando circulares para jubilaciones anticipadas y así de esta forma conseguir que la plantilla baje a 60.000. Sin embargo, se están haciendo 20 millones de horas extras al año y no obstante no admiten a un grupo de obreros que están aprobados de nuevo ingreso hace un año; este grupo son 600 trabajadores que esperan impacientes que la empresa cumpla lo prometido.

También quieren eliminar algunos conceptos que son beneficios conseguidos hace años y que ahora quieren quitar, como son: el Economato Laboral, número de kilómetros de viaje para familiares, la eliminación del 50% del sueldo que tienen los compañeros que hacen el servicio militar, la eliminación de la Escuela de Aprendices, reducción de los días azules para viajar que significa no poder hacerlo ningún ferroviario en los días blancos, eliminación de la tercera parte

de líneas de ferrocarril con el consabido perjuicio para las regiones afectadas, etc...

Esto es en síntesis una parte de la reestructuración que quiere hacer de Renfe una empresa rentable cuando no hay país que la tenga si no como empresa pública y por lo tanto estatal ya que en todos los países son deficitarias, pero en España es diferente y van a conseguir su propósito sacándolo única y exclusivamente de los trabajadores, ya que las luchas son totalmente nulas, a pesar de que veas y leas en los periódicos las luchas de los ferroviarios; no creas nada porque es todo puro apaño de los sindicatos y de la empresa, ya que hay que aparentar algo pero te puedo garantizar que no existe: conciencia de lucha en Renfe porque la represión que ha impuesto la Dirección a los trabajadores y la poca eficacia de los sindicatos hace que los obreros se desanimen porque no ven una solidaridad entre ellos y están desengañados porque cada sindicato va por su parte y de la noche a la mañana alguno de ellos ha firmado con la empresa un pacto y queda rota toda posible lucha, aunque de esto lógicamente los puntos de menor importancia se consigan y ellos los pongan como una conquista importante, a pesar de la huelga programada no hay una firme postura y esto lo sabe la Dirección y se afianza en sus exigencias.

Debido a esta falta de unidad entre los sindicatos y los fracasos que ambos han tenido, el nivel de sindicación es bajísimo al menos en los talleres, y la organización entre los obreros es nula porque los sindicatos se han encargado de eliminarla, y es por lo que te digo al principio que me he visto involucrado en un problema por luchar contra la dictadura patronal y por lo tanto la represión impuesta contra un grupo que ellos eligieron fue brutal, llegando a la petición y aviso de despido para 20 trabajadores, y que al final descubrimos que estaba pactado por los sindicatos para atemorizar a todo el personal, y lo consiguieron, puesto que no hubo despido pero sí traslados que yo diría, mejor desterrado, puesto que los han repartido por toda España, por ejemplo: Barcelona, Bilbao, Salamanca, Valladolid, etc.. Yo por no transigir por este pacto he pedido la jubilación y por este motivo estoy en esta situación desde primeros de febrero, por tener 60 años y 43 de servicio, que no tuvieron en cuenta para nada ni los sindicatos ni la Empresa.

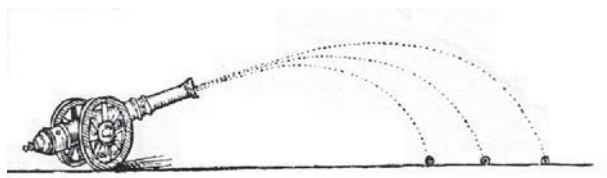
Por todo lo expuesto tengo que decirte que los trabajadores a consecuencia de estas medidas de castigo para este grupo que somos los que estábamos en contacto para exponer en las asambleas nuestras posturas, han tomado unas medidas pasivas a petición de los sindicatos, porque dicen que de esta forma nos defienden mejor, por lo tanto, la participación en las asambleas es nula totalmente y las opiniones de los delegados son las que prevalecen porque no hay oposición (otro objetivo ganado por la

empresa), pero a nivel de grupos existe una desconfianza contra los partidos políticos y los sindicatos, al no ver atendidas sus reivindicaciones sino todo lo contrario, conseguir a petición de estos que la producción aumente del 100% que es lo normal al 140 y 150% para que de esta forma conseguir más pesetas que es lo que puede llenar las mentes de sectores de obreros sin la suficiente capacidad para comprender el perjuicio que ocasionan con esta postura, y las horas extraordinarias a otros compañeros que no tienen empleo.

La finalidad de estas intervenciones de este grupo en las asambleas era conseguir que los sindicatos tomaran una postura clara en defensa de los trabajadores, apartándose de las miserables concesiones propuestas por la Dirección que tienen fines capitalistas y que a cambio de algún beneficio que pudiera afectar a los trabajadores, siempre de muy poca importancia, el fin es siempre el beneficio que a costa de los obreros se benefician los cargos políticos de Renfe; estas intervenciones mías en asambleas eran acogidas por los obreros como la única alternativa para conseguir nuestros derechos que cada día se están eliminando más en beneficio de otros cargos, y que ahora ya no tienen oposición.

Esto que ocurre en Renfe es digno de hacer una película o escribir un libro, porque hay tantas cosas en la historia de Renfe, desde la militarización del año 76 que fue el punto clave de todos los acontecimientos que a continuación vinieron, entre ellos el primer convenio colectivo de Renfe: y a partir de esa fecha, los fenómenos sindicales y sus consecuencias de índole nacional como son: Pacto de la Moncloa, Acuerdo Marco Interconfederal, Acuerdo Nacional sobre Empleo, etc., así como las primeras elecciones sindicales democráticas en Renfe y el ansia de protagonismo de algunos oportunistas que por desgracia continúan en cargos importantes sindicales y políticos y que en gran parte tienen mucha culpa de todos los acontecimientos negativos nacionales y en particular de empresas como en este caso es Renfe: y que tiene mucho que decir sobre estos «sindicalistas» que con sus posturas han perjudicado las luchas obreras en beneficio particular y que por estas circunstancias han desaparecido de los centros de trabajo y pisan por dependencias de altas esferas. (...)

Un ferroviario.



LUCHA DE CLASES EN ITALIA

En los puestos de trabajo reina el más absoluto despotismo patronal, —como siempre—, según dicen los obreros que, sin llevar a cabo una resistencia real, han sufrido reestructuraciones productivas; o sea, convertidas en productivas a costa de la explotación creciente e ilimitada de aquellos. Agotados y enfermos por el trabajo siguen yendo a trabajar presionadas por el miedo de acabar sometidos al régimen de regulación de jornada y empleo (*cassa de integrazione*) o despedidos; aunque, a pesar de todo, cada vez más a menudo, corran esta suerte. Han sufrido, también reducciones de la «escala móvil» por las cuales el salario va perdiendo, sustancialmente, poder adquisitivo y el nivel de vida ha llegado a niveles preocupantes. A menudo el salario se paga con retraso, de forma fraccionaria o, simplemente, no se paga.

Los obreros han realizado largas y costosas huelgas por los convenios con el fin de que supusieran una mejora en sus condiciones de vida. Pero las huelgas y las oposiciones clamorosas en las asambleas de fábrica no son suficientes. Los nuevos convenios se han firmado, pero con peores condiciones. Los sindicalistas continúan con conversaciones a nivel nacional y de fábrica con el fin de legitimar todo lo que la patronal solicita; o sea, para empeorar continuamente las condiciones de trabajo. No se conceden ayudas ni siquiera a los obreros que tienen más necesidad de ellas.

La impotencia y la desesperación han llevado a un retraimiento general de ciertos comportamientos obreros. Se reproducen imágenes de otros tiempos; de los primeros momentos del movimiento obrero. Los obreros imploran la salvación de sus puestos de trabajo a los gobernantes, en tanto las mujeres llevan la comida a las puertas de las fábricas ocupadas sin ninguna convicción.

En este sentido, puede ser mostrado un caso que podría ser ilustrativo de esta situación. En la Fornicoke de Vado Liguria durante dos años se han sucedido huelgas, marchas y ocupaciones de la estación de ferrocarril. Pero el aislamiento de la lucha la redujo a la impotencia y los despidos acabaron por producirse. Ante ello, encontraron un último e insólito recurso de hacerse oír: encerrarse en la fábrica y convertirla en un hospital, por medio de la huelga de hambre. Desde los centros de poder en Roma se dio la orden de salvar todos los puestos de trabajo. Esforzados de la democracia y el pacifismo, los profesionales del sindicalismo tuvieron que apoyar esta forma de lucha. Aunque, al igual que los patronos, la considerasen con pocas simpatías. (*L'Espresso*, 5-2-84). El interrogante que se plantea, entonces, es: ¿qué ocurriría si se extendiese la huelga de hambre en la Fiat o si alguien amenazase con arrojar por las ventanas con el fin de

obtener algo? En sí mismos, actos inocuos como la huelga de hambre no tienen fuerza material para imponer sus objetivos. Sin embargo, en un contexto social explosivo se convierten en actos peligrosos; en actos de coacción indirecta. Se pone en juego la vida de alguien y si muere ya se tendrá la víctima inmolada por todos; un símbolo tras el cual hacerse fuertes; una gran indignación; un pretexto emotivo para suscitar la explosión de una revuelta más dura que las anteriores, mediante actos de coraje de otro modo inimaginables. Sería como si dijéramos: esperemos que nos suceda algo a cualquiera de nosotros y daremos rienda suelta a nuestra sed de venganza. Está claro el significado de desafío, de provocación frente al poder, como preludio a la ofensiva. No por casualidad Pintor (PDUP) recomienda a sus patronos prudencia, para no poner en marcha un ataque salvaje «ya que la gente, antes o después, encuentra siempre un modo de reaccionar incluso cuando parece que nadie está dispuesto a ello. Desde las armas a la huelga de hambre la gama de posibilidades de lucha es inagotable» (*L'Espresso*, 5-2-84). Claro que para ajustarse mejor a la realidad habría que invertir los términos y de ir de la huelga de hambre a las armas... A menudo los obreros han reaccionado con una rabia impotente. Han amenazado o golpeado con santas razones sindicales de las que ahora prescinden. Han roto el carné sindical. Actualmente, la situación se ha modificado de forma sustancial.

Los sindicalistas superan cualquier límite a la hora de hacer concesiones a los patronos. Los trabajadores han perdido la paciencia y ya no se atienen a gestos simbólicos. Comienzan a dar la batalla en serio, con los hechos. Empezaron algunas fábricas aisladas y algunos puestos de trabajo (portuarios) a desencadenar huelgas, a cortar carreteras, vías de ferrocarril y aeropuertos, mostrándole al poder que son los dueños de la calle cómo y cuando quieren. Tan numerosas manifestaciones de agitación espontánea de las bases representa una fuerte presión hacia la autoorganización de la lucha misma.

Los consejos de fábrica han sido barridos por la iniciativa autónoma de los trabajadores, viéndose obligados a representar en serio a los trabajadores y a hacerse reconocer como únicos representantes. Por eso, han sido desautorizados por los sindicalistas de todas las delegaciones, sea a nivel de empresa, como nacional. Una vez más, también, los obreros pudieron permitirse llamar al orden a quienes no los representaban como era debido (consejos de fábrica) y expulsar a quienes los apuñalaban por la espalda (sindicalistas). Así, los consejos de fábrica comienzan a organizar eficazmente la lucha. Cualquiera puede tomar la iniciativa de la huelga y encuentra rápidamente la respuesta de todos los demás

consejos. Esto ya se ha producido un poco a todo lo largo y ancho de Italia. El consejo de fábrica de OM de Brescia ha convocado una reunión nacional de los ccff. encontrando una favorable acogida con vistas a plantear luchas a nivel general (*Il Giorno*, 9-2-84). Con lo cual existen todas las premisas para un desarrollo autónomo de las luchas.

Según la CCI y otras corrientes afines, el Capital crea continuamente diabólicas maquinaciones para atrapar a los trabajadores. Los sindicalistas se han comprometido demasiado en estas maniobras y su juego ha sido descubierto por los trabajadores. Así, pues, el Capital debe inventar otro tejemaneje más eficaz, el sindicalismo de base; es decir, los cc.ff. como únicos interlocutores válidos. Es, por tanto, tarea de los revolucionarios desenmascarar también esto ante los trabajadores, hacerse reconocer como sus verdaderos representantes en una organización creada «ex novo» en el curso de la lucha. Nos tememos que se tomen los deseos por realidad y que en definitiva se permanezca en el plano de las simples formalidades y de las abstractas preconcepciones ideológicas.

En realidad, sindicatos y cc.ff. son instituciones delegadas directamente por los trabajadores, vinculadas y necesariamente influenciadas por el modo de actuar de éstos. En tiempos de prosperidad son órganos de colaboración con el Capital y de paz social. Pero en la época de crisis aguda de la vieja sociedad y de tránsito a la nueva, o sea, en una bien definida circunstancia histórica, la base reacciona, lucha y se da aquella forma organizativa más adecuada a sus objetivos. Nos limitamos a describir la tendencia actual, el movimiento real que expresa. Los cc.ff., o bien los delegados de fábrica, han tenido que ajustarse a cumplir las órdenes de la base. Han transformado su propia función, de órganos legales se han visto impulsados a convertirse en ilegales, de combate, con una perspectiva de poder. La famosa afirmación «delegados revocables en todo momento» como característica central de la organización revolucionaria, parece desmentida. Pero ello no depende de las personas sino sólo de las circunstancias en las cuales cada cual se ve obligado a replegarse. Esta hipótesis parece confirmarse incluso en el caso del corrompido vértice sindical del CGIL que se ha alineado con la base al ver que peligraba su propia representatividad. Igualmente, tras la oposición verbalista, los defensores a ultranza del Capital, los jefes del CISL y UIL, deberán dar marcha atrás. Parece que vuelven a reaparecer los viejos sindicatos revolucionarios con sus formas de lucha: de la fábrica a la calle. Pero el contexto ha cambiado. La proletarización es casi total y el papel productivo de los proletarios ha adquirido una importancia decisiva. En cambio, el Capital está en crisis de envejecimiento avanzado y le faltan las fuerzas para acometer a tal enemigo. El sindicalismo reúne todas las condiciones para transformarse en Comunismo de consejos.

Últimamente, en las fábricas en crisis, los trabajadores «razonables y astutos» llegan a acuerdos con los patronos para salvar su puesto de trabajo a costa de los otros compañeros. La Talbot francesa representa un buen ejemplo de esto. Los trabajadores de Alfasud han establecido un acuerdo con la patronal a costa de otros compañeros de trabajo y de los trabajadores del norte. En Turín en 1980 los jefes y empleados de la Fiat hicieron la llamada marcha de los 40.000 contra los obreros que combatían los planes de regulación de jornada y plantilla (*cassa integrazione*). Son astucias de corto alcance. También a los esquirolles les toca perder el trabajo a medida que se generaliza la implantación de la electrónica.

Se están desmantelando las cadenas de montaje y el tradicional sistema taylorista de trabajo junto con su correspondiente clase trabajadora, técnicamente envejecida (obsoleta). Se incorporan nuevos sistemas productivos altamente automatizados. En las fábricas y en las oficinas se toman las órdenes de las instrucciones programadas en los computadores por los más altos niveles de dirección. Va desapareciendo la vieja distinción salarial y de función (quien manda y quien recibe las órdenes) entre los jefes, los técnicos, los empleados y los obreros. Se tiende a la equiparación salarial junto con la equiparación de las distintas actividades productivas: todos sometidos a la máquina para servirle mientras son indiferentes la naturaleza de las contribuciones y resultados ya sean manuales o intelectuales. El resultado es una clase compacta contra una dirección bastante reducida numéricamente. En la Ansaldo de Génova, los nuevos trabajadores (de «cuello blanco») son mayoría y tienen un peso productivo superior a su número. Por consiguiente, llevan a cabo las luchas en total armonía con los trabajadores tradicionales (de «mono»). En los grandes complejos industriales, como la Fiat, la revolución industrial es aún más radical. Millares de trabajadores son sustituidos por algunos cientos de técnicos especialmente preparados para la nueva forma de producir, por tanto dotados de una alta capacidad técnica. El tiempo relativamente largo unido a los costes de formación harán de los nuevos técnicos una especie codiciada para el Capital y como no pueden ser sustituidos en bloque, su fuerza de negociación comienza a ser desde ahora un motivo de preocupación para el Capital que los ha creado y se ve obligado a seguir creándolos. El ejemplo de Fiat demuestra cómo una renovación cada vez mayor del aparato técnico, desarmará completamente al Capital en la fábrica.

A diferencia de la industria, donde de lo que se trata es de evitar el cierre, los servicios públicos son cada vez más indispensables. Exigen un grado de especialización más o menos elevado, de los pilotos-controladores de vuelo al personal médico, todos ellos reducidos al régimen corriente de asalariados hasta el

personal subalterno y de los transportes terrestres-marítimos. Se ha intentado reducir la lucha de los controladores aéreos y de los sanitarios con el esquirolaje de los militares. Pero la insuficiencia de su número unido a su escasa capacidad les ha imposibilitado cumplir su objetivo. La misma operación no ha podido ser puesta en práctica con los pilotos, con el personal médico y con los adscritos a los transportes ordinarios. La notable fuerza de negociación de las categorías antes mencionadas ha obligado a hacer concesiones. Sin embargo, la base, insatisfecha de los acuerdos sindicales ha opuesto resistencia, continuando la lucha de forma fragmentaria. Pero aislada y decepcionada, atenazada por las imposiciones circunstanciales, acabó por poner fin a la lucha. En líneas generales, estas luchas han desbordado al sindicato y se han dotado de una organización autónoma durante el tiempo que duró la lucha. Las luchas espontáneas de los ferroviarios de Florencia y Roma han sido legitimadas por los sindicatos oficiales: con mayor amplitud de miras, previeron el peligro de aparecer como oficiales sin ejército (así, al menos, consideran a la organización).

En otros textos hemos desarrollado un análisis en torno a la guerra que contrapone la CEE y USA. Hoy se recrudece la guerra comercial. La CEE no tiene aún

un armamento equiparable al USA. Esto le impone sumisión militar, como lo pone de manifiesto el caso del Líbano. Sin embargo, tiene todas las posibilidades económicas para convertirse en superpotencia militar. Debe convertirse en superpotencia para superar la crisis con la guerra. Si la preparación bélica no se realiza de una forma clara, como lo exigen las condiciones de crisis, sólo es debido a las dificultades internas del imperialismo europeo. Mientras la clase obrera luce y sea reacia a someterse a la disciplina militar, no existirán buenas condiciones para la guerra. Ni las fuerzas armadas profesionales pueden reprimir un movimiento de lucha ascendente, una sociedad entera puesta en pie. Si este argumento es válido para un país atrasado como Túnez, con mayor razón lo será para Occidente. Mientras la crisis se expande dramáticamente, la posibilidad de satisfacción de las necesidades proletarias es cada vez más restringida; se imponen cada vez más duras luchas defensivas hasta unos límites en que se hará difícil distinguirlas de las luchas ofensivas. El tiempo juega a favor del proletariado, no es por tanto, descabellado suponer a corto plazo, amplias perspectivas revolucionarias.

Tendencia Comunismo de los Consejos.
Febrero 1984

¿Qué es trabajar?

Transformar una materia destinada a la vida de la humanidad, es trabajar o actuar, crear, producir, fabricar, en una palabra: vivir. En realidad todo lo que vive trabaja. Por lo que respecta a la vida humana, no son solamente la cabeza y las manos los que transforman las materias recibidas del exterior, para que el hombre viva, sino también los otros miembros y órganos del cuerpo humano. Así, por ejemplo, la boca recibe los alimentos para darlos al estómago y éste los transforma para darlos a la sangre, etc. Esto quiere decir que cada órgano del cuerpo humano, igual que cada miembro de la sociedad humana, produce o trabaja o crea para el conjunto, cuando parece que solamente consume o goce; y, de la misma forma, goza de su propia vida cuando parece que solamente trabaja y produzca para el conjunto. Esta armonía entre trabajo y gozo solamente se da en la vida orgánica u organizada, como vamos a verlo ahora.

¿Qué clases de trabajos hay?

Hay trabajo organizado y trabajo no organizado. En otras palabras, hay actividad libre y hay trabajo obligatorio o forzoso.

¿Qué es la actividad libre y qué es el trabajo forzoso?

La actividad libre es todo lo que se hace en virtud de un impulso interno; el trabajo forzoso, por el contrario, es todo lo que resulta de un estímulo externo o de la necesidad. Si el trabajo es el resultado de un impulso interno, es una alegría que favorece el placer de vivir, una virtud que lleva en ella misma su recompensa. Pero si el trabajo se hace por una necesidad exterior, se convierte en una carga que humilla a la naturaleza humana y la oprime, un vicio practicado a cambio de un vil salario de pecador: es trabajo asalariado y servil. El hombre que busca fuera de él mismo un salario para su trabajo, es un esclavo que trabaja por objetivos que le son extraños, una máquina inanimada que se hace funcionar.

Moses Hess. 1846

CONFLICTO EN TALBOT - FRANCIA

Reproducimos a continuación la traducción de un texto que nos ha llegado sobre la pasada huelga de Talbot en Francia, y que más allá de criterios valorativos como por ejemplo el grado de violencia para cifrar la radicalidad anticapitalista de una lucha, muy discutibles y que no compartimos, muestra la aparición durante el conflicto de una serie de comportamientos obreros de desafección al trabajo, derecho a vivir, etc. en ruptura con los más generalizados de defensa del empleo, que nos parecen de particular interés conocer y discutir aquí entre nosotros donde tales comportamientos son también aún minoritarios

Desde la lucha de los siderúrgicos de Vireux, en las Ardenas, ningún conflicto en la industria francesa había alcanzado un grado tal de claridad y de violencia como el que se da ahora en la fábrica Talbot de Poissy. El conflicto ha puesto malo al enemigo: el PC y la CFDT, el PS y la CSL, el Gobierno y la dirección de Peugeot-Talbot, sin olvidar al más crapuloso de todos, los burócratas de la CGT, todos ellos se insultan y se reprochan recíprocamente la responsabilidad de haber permitido tal desbordamiento; aunque todo ello no nos concierne realmente. Más nos interesa ir a los hechos reales y anotar las conclusiones que tales hechos nos inspiran.

Con el fin de mejorar el rendimiento de su rama Talbot, el grupo Peugeot S.A. decidió disminuir su capital variable: así, a finales del 83 anuncia el despido de 3000 especialistas de la fábrica de Poissy. En esta vieja fábrica que la dirección quiere modernizar, la mayoría de los especialistas son inmigrados. Para la dirección, estos despidos son una medida indispensable para descargar el presupuesto deficitario de la empresa Talbot, en el momento en que debe movilizar capitales necesarios a la modernización.

El 7 de diciembre del 83, los especialistas empiezan la huelga contra esta medida y ocupan la fábrica. Empiezan a continuación negociaciones entre la dirección, el Estado y los sindicatos -es decir, la CGT, mayoritaria entre los especialistas de Poissy-. Para el Estado socialdemócrata se trataba de un arreglo amistoso entre sindicatos y dirigentes del aparato industrial ante este desplazamiento de capital que de esta forma se haría propiamente. Pretendía mostrar a los obreros que el sistema industrial puede evolucionar sin necesidad de pisotearlos, y esto gracias a su asistencia.

Como si en cada desplazamiento del capital ¡no fueran los pobres quienes lo pagaran! Como si el capitalismo no pisoteara, desde que existe, millones de gentes, y como si no hubiera fundado su prosperidad precisamente sobre la deportación de estas gentes, ¡a la medida de sus necesidades! ¿Y qué hay de la pretendida asistencia del Estado? En el

mismo momento en que se discute, con la CNPF y los sindicatos, sobre una nueva reducción del seguro de paro. El Estado socialista teme a los desocupados, desde que le han jugado varias malas pasadas, por ejemplo en Venissieux. Por tanto trata de ocupar su tiempo, de controlarlo: a los planes Barre les siguen los planes Rigout; se vuelve atrás de su decisión inicial de disminuir la duración del servicio militar, ya que ello aumentaría el número de parados (¿para cuándo los campos de parados como en Rumanía?). El Estado quiere ciertamente asistir a los pobres pero no a los pobres desocupados, dejados a ellos mismos, ya que con ellos no puede haber la paz social. En Chiers, en Vireux, la propuesta de pagar durante cinco años a todos los despedidos no readmitidos en cualquier otra parte, se acompaña con medidas policiales: actualmente los obreros están obligados a presentarse cada día a la fábrica, aunque no haya nada que hacer.

Todo esto, los especialistas inmigrados de Talbot-Poissy lo realizaron el 17 de diciembre al rechazar furiosamente el plan asistencial amañado por el Estado y los sindicatos... «Ahora que ya tienen nuevos robots, olvidan los viejos» (risas amargas). El acuerdo rebajaba los despidos, de 2905 a 1905, y preveía distintas medidas asistenciales para los despedidos: 1000 irían a «formación», 100 se formarían en la fábrica en oficios del ramo del automóvil (¿para trabajar en un garaje?), 500 o 700 irían al paro, pero la empresa que fuera suficientemente temeraria como para emplear a un inmigrado de Talbot recibiría 20.000 F. de bonificación. Como se decía del lado de los huelguistas: «20.000 F., el patrón los gasta en una noche en el restaurante; haría mejor en dárnoslos». Y esto no es todo: los despedidos que montasen una empresa (???) tendrían 20.000 F. de bonificación en la compra ¡de un vehículo utilitario! Esta última broma hizo reír a los especialistas. Si este acuerdo lo aprobaba calurosamente la dirección central de la CGT sobre el terreno la sección CGT de Poissy tenía que afrontar el rechazo y la cólera de los especialistas. Durante los cuatro o cinco días siguientes, guardó una actitud equívoca e hipócrita, despistando bajo la presión de la base.

En esos días el descontento y la amargura de los especialistas inmigrados se ampliaron. Desengañados ya por las medidas del paro técnico que redujeron su salario durante el 83 no se sintieron ya vinculados a la empresa Talbot. Decidieron imponer sus condiciones al inevitable despido, rechazadas las del Estado, las de la patronal y las del sindicato.

El 22 de diciembre, el ministro estalinista de trabajo Ralite había anunciado vagamente que ayudaría a aquellos inmigrados que quisieran volver a su país. El día 23, cuatro delegados inmigrados expresaban la exigencia general de la base. En una conferencia de prensa explicaron la farsa que representaba el acuerdo del día 17. En tanto que inmigrados y de Talbot no tendrían demasiadas oportunidades de encontrar trabajo; y cuando se miran las limosnas que la sociedad da a los parados vía la Assedic, se comprende su ansiedad. En cuanto a los planes de formación: «la mayoría de nosotros no sabe leer ni escribir, entonces... Hace 10, 15 ó 20 años que estamos aquí y nadie nos ha enseñado, no será ahora que vais a hacerlo». Este 23 de diciembre han dicho bien alto que han perdido sus vidas en la fábrica y que de todas formas van a dejarla. Poco importa que sea para volver a sus pueblos como los mayores dicen, o para continuar en Francia, pero los cuatro delegados han exigido un precio a esta nueva deportación después de estos años usados en la fábrica. Ya que el Estado ha anunciado que puede dar un dinero para asistirlos, podrá darlo enseguida sin tener que sufrir los múltiples controles a través de los cuales se distribuye a cuentagotas este dinero. Así pues, los especialistas han reclamado 200.000 F. en mano, lo mismo que costaría un parado a la sociedad durante un año, bien entendido que nada les devolverá su juventud perdida en la fábrica.

Tal reivindicación obedecía a algo que ignoran los aparatos sindicales, algo que escapa a la lógica del cálculo económico, algo cualitativo: la desgana del trabajo, que toma cuerpo en este momento en que se anuncia a los especia listas que se han de largar. Y he aquí posturas claras: «Francia nos hizo venir aquí bajo sus condiciones, ahora puede escuchar las nuestras»; «nosotros somos la generación usada»; «200.000 F. porque hemos dejado aquí nuestra juventud, nuestros dedos cortados, nuestra salud». Un delegado subió hasta los 300.000 F. «Es como un tribunal en el que el juez dice: es esto y eso es todo. Yo valoro mi juventud y mis humillaciones en 30 millones, como un castigo».

La CGT tuvo que apoyar débilmente la continuación de la huelga, después del rechazo del acuerdo por el conjunto de los huelguistas. Pero cuando éstos afirmaron por su propia iniciativa su exigencia de una indemnización de 200.000 F. por su despido, la CGT perdió el control que había podido ejercer sobre la base inmigrada durante el conflicto del verano del 82 contra la CSL... «Los sindicatos se han servido de nosotros para acrecentar su poder. Nosotros nos hemos servido de ellos para tener un medio de expresión. Ahora se ha

acabado». Ante esta iniciativa de los especialistas, que no puede controlar, la CGT reacciona según el viejo reflejo estalinista: les acusa de estar manipulados desde fuera («los disidentes están manipulados por las asociaciones de trabajadores inmigrados»). La indignación y la cólera de los especialistas ante esta maniobra obligaron a la CGT a replegarse discretamente durante los días siguientes. No fue hasta el 28 de diciembre que volvió sobre el terreno para organizar una reunión de los afiliados CGT, a puerta cerrada, cuando la dirección de la empresa había obtenido del tribunal la expulsión de los huelguistas. Aprovechándose de la ansiedad suscitada por la amenaza policial, la CGT intentó retomar el control de los especialistas. Habló de posibles ayudas a la vuelta, de las 35 horas, de su responsabilidad de organización sindical, sin decir nada de preciso; para concluir sobre la no-representatividad de unos centenares de especialistas huelguistas en relación al conjunto de los asalariados de Talbot: «Aquí estamos 200 como máximo, y en la fábrica hay 17.000 obreros, la base son ellos pues y no nosotros». Los huelguistas nunca habían pretendido representar a otros asalariados sino sólo a ellos mismos, al revés de los burócratas sindicales que pretenden pretenciosamente representar a los otros. A partir de este momento, la CGT sólo tiene un interés: que se vuelva al trabajo lo antes posible a fin de evitar la quiebra de Talbot que amenazaría a 15.000 empleos.

Es en nombre de este mismo principio que la CSL ha combatido el movimiento desde el exterior y la CGT desde el interior: la defensa de la empresa Talbot y la de sus 15.000 puestos de trabajo. A partir de esto la actitud de la CGT es clara: de los 2000 despedidos sólo espera una cosa, que se resignen a su suerte. A lo cual los huelguistas han respondido: «Nos trae sin cuidado la muerte de Talbot, nosotros ya estamos muertos». Dicen que su vida está antes que la de la empresa.

Ya, durante la reunión a puerta cerrada del 28, los jerifaltes cegetistas habían impedido que los especialistas presentes en la reunión intervinieran, cuando uno se dio cuenta que la dirección sacaba los stocks de coches. Se puede pensar que esta reunión estaba acordada secretamente con la dirección para que ésta pudiera sacar este stock. Algunos días antes los especialistas se habían opuesto violentamente a los militantes CGT que proponían dejar salir 100 coches a cambio de una promesa (de negociación con la dirección). Los burócratas desbordados no podían sino esperar el desalojo de los huelguistas por las CRS cosa que tuvo lugar finalmente el 31 de diciembre a las 2 de la mañana. Incluso estuvieron allí para asegurar la marcha «dignamente».

El 3 de enero, cuando la fábrica volvió a abrir las puertas, los especialistas la volvieron a ocupar. El acuerdo del 17 lo habían precedido 10 días de ocupación y toda la fábrica había estado en paro técnico a partir

del 19. De hecho la ocupación continuó hasta el 31, fecha de la expulsión. El 3 de enero, encargados y personal cualificado están decididos a acabar con la ocupación que paraliza la fábrica y los lleva a la calle. Por la mañana del día 3 los huelguistas se enfrentan con los encargados que habían intentado poner en marcha las cadenas y logran impedirlo. Inmediatamente el secretario de la CGT, Nora Tréhel, vino a intentar calmar a los especialistas y afirma que se han de asegurar las condiciones para que el trabajo continúe. Al oír esto, ahora que acababan de enfrentarse con los esquirols, los huelguistas se enfurecieron: «CGT asesinos., «CGT a la basura». Por su parte la CFDT que hacía ver que participaba en la ocupación, se las arregló para hacer salir a los huelguistas de la nave ocupada con los pretextos habituales («evitar las provocaciones», etc).

El 5 de enero por la madrugada, encargados y otros esquirols junto con burócratas del CSL atacan en comandos a los huelguistas que habían vuelto la noche anterior a instalarse en el taller 83. Los enfrentamientos duran más de una hora y media con una enorme violencia: los esquirols atacan con tirachinas, con pernos y con gases lacrimógenos a lo que los huelguistas responden con piezas de motor y con pernos que tiran desde lo alto de las pasarelas. Por la tarde de este día 5 los bonitos coches tan queridos por la CGT están destrozados: parabrisas rotos, capós hundidos -y esto que ella, al principio de la ocupación, no quería que los huelguistas durmieran en los coches en curso de fabricación («los coches son para los clientes. Esto lo han de saber los clientes»). Mientras que los huelguistas se organizan para defenderse y continuar la ocupación, ya que no han obtenido nada, la CGT los condena abiertamente por boca de Krasucki que los trata de «minorías excitadas», llegando hasta identificar la violencia de los especialistas con la del CSL. De paso, el repugnante personaje arregla sus cuentas con la CFDT, poniendo así el toque final a la actitud de la burocracia estalinista.

En cuanto a la CFDT, más bien minoritaria en Poissy, desde el comienzo del movimiento ha mantenido una posición totalmente abstracta: rechazo puro y simple de todo despido y punto. Esto a fin de no arriesgarse a ser desaprobada por la base, como la CGT, es decir para seguir el movimiento real. La CFDT nunca sostuvo la reivindicación de los especialistas inmigrados de hacer pagar su salida con un precio fuerte. Al contrario, había incluso insinuado la posibilidad de una ayuda a la vuelta a su país de origen, negociable con sus gobiernos. Una vez afirmada su posición tan cabezona como impracticable, no ha hecho más que calmar el ardor de los huelguistas y restringir su esfuerzo de autodefensa. Al final, capituló ante las tropas de la CSL y llamaron débilmente a los CRS. El 5 de enero estos señores de la CFDT tuvieron miedo mientras algunos centenares de

especialistas luchaban e impedían a la CSL entrar en el 83. Cuando éstos acababan de ganar la batalla por la mañana, la CFDT se puso lívida de pánico.

A pesar de estos tumultos (hubo cerca de 130 heridos, 60 sólo en la jornada del 5), los sindicatos lograron hacer desalojar la fábrica por tres veces: el 31 de diciembre, el 3 y el 5 de enero. Los huelguistas no dejaron que la CGT ni la CFDT dirigieran su movimiento, pero no llegaron totalmente a perder este desmovilizador respeto al aparato sindical y a sus jefes. Vimos como Nora Tréhel, esta inmundia estalinista, lograba organizar reuniones en los talleres ocupados mientras que la posición de su sindicato era ya bien conocida como contraria a las reivindicaciones de los especialistas. La CFDT llamó directamente a los CRS desde el principio de los tumultos, y apañó enseguida con los policías la salida de la tarde, interrumpiendo de esta manera una ocupación que muchos estaban dispuestos a continuar. Se recordará la amargura de la CFDT por no haber sido invitada a los acuerdos con la policía durante la evacuación del día 31. La CGT participó con la ignominia que le es característica. Después de haber dicho a los especialistas «sois unos imbéciles, pero la CGT os apoyará» (gracias), unos treinta cegetistas que no habían participado en los enfrentamientos, lograron, a pesar de las protestas de centenares de personas, salir de la fábrica encabezando el cortejo. Aquellos que habían combatido contra la CSL por la mañana dejaron hacer ahora esto. ¡De esta manera la resistencia de los huelguistas quedó ensuciada!

Los huelguistas de Talbot, a pesar de la claridad y del coraje de que han hecho prueba durante estos agitados días, no pudieron combatir francamente esta actitud de la organización sindical siempre dispuesta a reaparecer para enterrar a los luchadores bajo su protección cuando hay tumultos en el aire. A propósito de esta deficiencia, es notorio que los especialistas no eligieron su propio comité de huelga independiente de las organizaciones sindicales. Cuando cuatro delegados de la cadena tomaron la palabra el 23 de diciembre para anunciar sus exigencias, expresaban espontáneamente la voluntad del conjunto de la base. De todas formas los especialistas quedaron a merced de las maniobras de las direcciones sindicales a las que no llegaron propiamente a rechazar y a tener alejadas de su lucha.

Todos los aparatos sindicales combinaron sus maniobras para ahogar la única reivindicación racional expresada durante la huelga por la base de los huelguistas, la de la indemnización de 200.000 F. Este núcleo duro de los especialistas tuvo que asegurar finalmente la lucha efectiva él solo.

De todas formas, los especialistas inmigrados de Talbot hicieron un buen escándalo. Es algo que no se olvidará. Hasta aquí habían sido siempre objeto de compra y venta. Lo del 17 de diciembre fue

particularmente repugnante. Lo echaron por tierra, como echaron por tierra la imagen de paz social que Estado y sindicatos querían que aplaudieran. «Al menos podíais consultarnos», gritaban los huelguistas al día siguiente. No contentos con esto, osaron hablar en su propio nombre –en nombre del daño sufrido en esta fábrica, como inmigrados en particular y como obreros en general–. He aquí un golpe que el enemigo encaja mal. Enseguida han puesto brutalmente las cosas en claro por lo que se refiere a la asistencia del Estado: que pague el rescate de sus vidas hechas chapuza en la fábrica. Todo lo otro no es más que espectáculo: tanto el acuerdo del 17 como todos los otros del mismo género. Es pues la táctica del Estado social-demócrata que los especialistas de Talbot, un año después de los obreros de la siderurgia de Vireux, acaban de denunciar públicamente. No están dispuestos los especialistas a sacrificarse por la buena marcha de la empresa Talbot. No están dispuestos a aceptar las migajas que el Estado y la patronal les dan tan generosamente. Con ello, es todo el discurso sindicalista de «Defensa del empleo» que recibe un golpe certero. El Estado y los patronos podrían dar estos francos que los especialistas exigen, pero qué ejemplo... Y para acabar, con su intransigente ocupación, los huelguistas se han tenido que enfrentar fatalmente al personal de la CSL y a otro personal altamente cualificado. Ante la gran consternación del gobierno, de la patronal y de los sindicatos, han demostrado que la fábrica es la guerra. Que las relaciones de trabajo, jerarquizadas, están en permanente conflicto. Que el interior de una fábrica es un campo de batalla, a pesar de todas las apariencias contrarias que el enemigo se esfuerza en mantener.

Hagámosles justicia ante las acusaciones de los sindicatos contra su reivindicación: según los sindicatos tal reivindicación crea una separación entre los inmigrados y los franceses, en contra del eslogan sindical «trabajadores franceses-inmigrados todos unidos». La oposición entre trabajadores europeos y trabajadores inmigrados existe, como una forma particularmente aguda de la oposición entre los trabajadores en general. En Talbot, recubre una oposición social entre los especialistas, la masa de la mano de obra no cualificada y mal pagada, y la capa de los obreros altamente cualificados, y cuadros. En este sentido la huelga de los especialistas de Renault en el otoño del 81 fue ya significativa, ya que se pedía el pase automático al grado P1. La fábrica de Poissy es vieja: ha funcionado durante mucho tiempo bajo el arcaico régimen de sindicato de empresa, la CSL antes CFT. Durante años la dirección envió agentes para que reclutaran en Marruecos, Senegal,... un personal analfabeto, necesitado de dinero y obligado a trabajar doblando la espalda a bajo precio. La lucha de los especialistas de Talbot (como la de los

de Citroen) en el 82 comprometió definitivamente este método sistematizado por el encuadramiento policial de la CSL. Y feliz coincidencia para Talbot, justo un año después le es preciso desembarazarse de algunos miles de especialistas, y entre éstos, los que en el 82 fueron más activos. La deportación de una masa de necesitados, a despecho de las necesidades y de los intereses de industrias nacionales, siempre ha sido un resorte sobre el que todo mercado nacional toma bríos. La inmigración puede ser interna al mismo país: ver la deportación de millares de metalúrgicos de Lorraine a Fos-sur-Mer, durante los años 70, donde encontraron unas condiciones salariales y de vivienda lamentables. Fue también contra una medida administrativa que agravaba su deportación, que se rebelaron los trabajadores del apartado postal en Octubre 83. Todo esto para ver como en Francia y en todas partes, los inmigrados están bien situados para no hacerse ilusiones sobre su suerte de trabajadores, o sobre su porvenir de parados. Aunque lo digan bien alto como en Talbot, no por esto va a agravarse la oposición Inmigrados/ Europeos. No es su reivindicación la que instaura esta oposición: es el sistema mundial de la mercancía del cual su reivindicación denuncia la ignominia. Aparte que no es precisamente la perspectiva de ver agravarse una tal oposición que molesta a los sindicatos, sino el hecho de que unos obreros, inmigrados, hayan dicho en voz alta lo que muchos, sin derecho a la palabra, piensan secretamente.

Inútil es pues invocar una comunidad de trabajadores franceses y de trabajadores inmigrados, ya que los trabajadores no pueden constituir una comunidad. La relación entre los trabajadores es una relación de mercado, de competencia. Por ejemplo, si los perros guardianes de la CSL tanto odian a los especialistas es porque éstos les sacaron sus privilegios en el 82, y hoy con su huelga amenazan su estatuto de trabajadores acomodados. Lo inteligente de los especialistas de Talbot fue precisamente partir de esta oposición sin pretender sobrepasarla abstractamente como hacen los sindicatos, los izquierdistas o más recientemente la marcha antirracista. Si en Talbot los especialistas, es decir la mano de obra industrial, son casi todos inmigrados, es a causa de los imperativos del mercado. Lo demás es polvareda para desviar la atención de la gente -como por ejemplo la marcha no violenta de los antirracistas, en noviembre-diciembre del 83, quienes invocaban religiosamente la igualdad de todos los hombres (¿qué hombres?). En esto los especialistas no han dado lugar a ningún equívoco: no hay tiempo ni lugar para este tipo de discursos. Pero han tocado en lo esencial: el mecanismo de mercado. Y esto hace daño.

En cuanto a las consignas de ritual de «unidad de la clase obrera» o de «solidaridad de los trabajadores», no

son sino cánticos que los sindicatos recitan mecánicamente. Estos mismos sindicatos tienen buen cuidado de aislar un movimiento de protesta en las puertas de la empresa —ni la CGT, ni la CFDT quisieron llamar a la huelga a los trabajadores de la industria del automóvil en apoyo de los de Talbot—. Entonces, ¡mierda al ecumenismo estalinista! Por contra, entre los mismos proletarios sí hay un reconocimiento espontáneo, por encima de los muros de cada empresa y que no obedece a ninguna consigna sindical: el día 5, al enterarse de los enfrentamientos, obreros de empresas vecinas llegaron a las puertas de Talbot para cubrir a los que se habían encerrado y hecho fuertes en la nave 83. Ningún sindicato los convocó y de una manera más general, muchos proletarios se habrán reconocido en la lucha de Talbot hartos ya de ser obreros.

Los reformistas tratan de consolarse diciendo que Talbot es una empresa «atípica», donde no se habrían aplicado las medidas adecuadas. Y esto para hacer creer que la lucha de los especialistas inmigrados es también «atípica», ¡y que no veremos otra igual! Sin embargo no son los únicos en luchar para hacerse pagar cara su partida. En condiciones distintas, los metalúrgicos de la Chiers, en Vireux, lanzaron una ofensiva idéntica. Los de Vireux luchan porque no quieren ser deportados, los de Talbot porque ya lo han sido.

A propósito de la violenta lucha de Vireux en el 82-83, podemos anotar dos hechos que corroboran lo que acabamos de decir. Sobre la competencia entre trabajadores: los de Vireux apenas se movieron en el 79 para ayudar a los de Longwy y Denain, y éstos poco han ayudado a aquellos. Sobre el reconocimiento entre proletarios fuera de toda lógica sindical: los de la Chiers enseguida supieron frenar a los burócratas sindicales, primero a los de la CGT, y más recientemente a los jefecillos de la Intersindical (CFDT/FO/CGC). Y aparte de las acciones violentas que por su propia iniciativa acometieron, lanzaron estos encuentros del último sábado de cada mes, sin el «apoyo» ni la «solidaridad» de ningún racket sindical y político. Sobre esta iniciativa se reconocieron también otros trabajadores de la región igual que otros parados-depor-vida como nosotros (una gran parte de los que se enfrentaron a los CRS y a los gendarmes móviles), a los que poco nos afecta la evolución de la siderurgia, pero que sí todos sufrimos la misma necesidad de dinero. La lucha de los obreros de Vireux continúa a pesar de la hostilidad de los aparatos sindicales —fueron incendiados coches de jefes de la Chiers, saqueada una cooperativa alimenticia de la Chiers, fueron secuestrados algunos responsables de la «reconversión», etc. ¡Y eso aún no es todo!

Acabamos con dos palabras sobre estos trabajadores que poseen una cualificación profesional estable,

empleados en tareas de dirección, de control y de organización del trabajo de otro, pagados por encima del salario medio, y que hemos visto en Talbot oponerse a la huelga de los especialistas. Los insultos racistas que proferían el 5 de enero dejan claro quienes son: junto con la masa de los pequeños tenderos y pequeños propietarios, constituyen en Francia lo principal de lo que puede llamarse la clase media. Sería un error subestimar su importancia numérica. Son como los perros guardianes: ladran. Nosotros, como parados-depor-vida los conocemos bien. Son ellos quienes tiran sobre los jóvenes delincuentes, sobre los jóvenes inmigrados, sobre los jóvenes ruidosos, sobre todo lo que les parece que pone en peligro los pocos bienes que poseen. Son aquellos que se creen siempre en estado de legítima defensa ante la vaga amenaza que flota por las calles suburbanas. Hemos visto en Talbot que toda lucha obrera choca violentamente contra ellos. El odio racista de estos nocivos delatores es significativo de la mentalidad media de esta clase. En los inmigrados no querían ver más que una clase de especialistas sin pensamiento, rebaño fabril atado a su máquina. Esta capa merece doblemente el desprecio: en tanto que trabajador que se encuentra bien en su trabajo, y en tanto que pobre que se cree rico. Visto el comportamiento crónico durante estos últimos años vemos que esta clase media ha hecho su opción. Toda agitación de los pobres, ya sea en los suburbios ya sea en las fábricas se enfrenta a su reacción defensiva. Un futuro movimiento insurreccional tendrá que reducirlo definitivamente por la fuerza.

En el momento en que escribimos esto, la fábrica de Poissy está cerrada, la dirección sólo deja entrar a los cuadros y los empleados para ella seguros. Ya ha advertido que la reapertura se hará sólo con aquellos obreros que la dirección escogerá para evitar una repetición del conflicto. Los especialistas huelguistas están, pues, bloqueados ya que no tienen otro medio de presión que la ocupación. Estas consideraciones generales sobre la huelga en nada prejuzgan pues la continuación o no del conflicto. A pesar de la incertidumbre de su suerte, los especialistas de Talbot han creado un precedente. Será bueno recordarlo cuando el Estado proceda a despidos masivos en el sector naval y en el siderúrgico. Cuando los sindicatos quieran asegurar la paz social en nombre de «la defensa del empleo» y cuando se trate para los despedidos de hacer pagar caro su despido, como es ya el caso para los parados-depor-vida aparcados en los suburbios que no se resignan al mínimo vital. Es tiempo de abrir el debate sobre este vencimiento que a todos nos concierne, para que no se reproduzca el aislamiento de los especialistas de Talbot dentro de la empresa.

Les Fossoyers du Vieux Monde, 5/1/84

ITALIA: EN TORNO A LA CONTRATACIÓN DE LA EMPRESA PÚBLICA

El debate en torno a la necesidad de reducir el gasto público, puesta de relieve como responsable principal de la inflación interna italiana junto con el costo del trabajo, ha atraído poderosamente la atención a la hora de discutir las contrataciones en el empleo público, en el momento de poner fin a las negociaciones nacionales entre gobierno y sindicatos.

En realidad, si miramos atentamente tras las imputaciones que son hechas al incremento de los empleados públicos, descubrimos que el gasto del Estado para sus propios empleados (al igual que el de los otros entes públicos que desempeñan funciones socialmente útiles) no ha aumentado mucho, en términos reales a lo largo de los últimos siete años. Incluso, en algunos sectores, más bien, ha disminuido. Los incrementos se destinan, de hecho, a los sectores encargados de la represión (Justicia) o a los destinados a garantizar el consenso y la estabilidad de las relaciones sociales (el I.N.P.S., instrumento que canaliza la asistencia social en Italia), en particular para las pensiones de las categorías del trabajo autónomo y agrícola así como para las intervenciones económicas de ayuda a las empresas que ha permitido a algunas de ellas, como la Fiat, sin reestructuración, eliminando tasas de fuerza de trabajo, excedentes, y presentar balances con activo y sustanciales dividendos a la vez que llevó a la «cesca integrazione» (A) a 30.000 obreros. Igualmente, también se destina parte del gasto público a las intervenciones orientadas a atenazar la rabia y el miedo de los trabajadores debidos a la pérdida del puesto de trabajo en los sectores de la siderurgia, la química básica, la parte más obsoleta de la metalurgia y en los puertos.

Los propios intentos de poner coto a las partidas destinadas a las pensiones se han transformado, paradójicamente, en un nuevo motivo de gasto. De hecho, el intento de poner cortapisas al fenómeno de la «pre-pensión» ha desencadenado una huida de empleados públicos que habían obtenido la antigüedad necesaria para poder hacerla (especialmente, en los sectores de la administración financiera y en la escuela) y que tuvieron miedo de que la ley afectase a sus derechos adquiridos. El gobierno ha tenido así, que replegarse en torno a una previsión que, aunque incremente en breve plazo el éxodo de los empleados de la administración pública, alarga la edad necesaria para acogerse a la situación de pensionista de los más

jóvenes que actualmente están en activo y que tendrá algún efecto sobre las partidas destinadas a tal fin al cabo quince años aproximadamente. Frente a esta previsión, sin embargo, se ha reducido el porcentaje de la escala móvil para los pensionistas anticipados, con efectos quizás marginales sobre la entidad del gasto público, pero de indudables efectos en el plano psicológico y en el de las preferencias políticas.

No obstante, el factor fundamental del incremento del déficit público es aportado por la deuda del Estado que continúa garantizando el incremento de los intereses, por lo menos un par de puntos por encima de la tasa de inflación, a todas las empresas que se dedican a la especulación financiera, con los bancos a la cabeza.



A lo largo de la polémica suscitada hemos visto cualificados exponentes de la Confindustria, de la prensa especializada (*Mundo Económico*, en particular) y, a veces, también a los sindicatos, como en el caso de las «pensioni baby» (prestaciones a la infancia) enfrentarse a los «inadmisibles privilegios» salariales y legales de los que gozan los trabajadores del Empleo Público, mientras que en el sector privado los obreros cargaban con los sacrificios. A fin de reparar esta patente injusticia, se pedía mayor rigor y menos «pasta» (dinero). *L'Espresso* del 22 de mayo pasado (1983) desconfiaba hasta de los cuadros de datos en los que eran cuantificados los beneficios medios.

El único muro de contención frente a la marea moralizante (además, naturalmente, de la defensa profesional de los sindicatos) fue el Ministro de la Función Pública. A continuación son señalados algunos aspectos dignos de ser tenidos en cuenta de estos acuerdos y que el propio Schetrone no dejó de acoger:

a) los porcentajes de incremento salarial no son homogéneos entre los diversos sectores de la empresa pública por el hecho de que existían enormes diferencias previas que era necesario nivelar. Con esta contratación se obtiene como resultado la homogeneización en la consideración de las funciones análogas desarrolladas en sectores diferentes; poniéndose, así, fin a los desajustes salariales que

durante más de una treintena de años han perturbado el sueño de los sindicatos y de decenas de ministros del Tesoro y de Hacienda.

b) los incrementos salariales previstos por los nuevos convenios son inferiores a los techos de inflación programados para los próximos cuatro años (especialmente, teniendo en cuenta el hecho de que el año 82 los ha superado; se han adelantado en un año el período de vigencia) para todas las categorías de media y baja cualificación; o sea, para la mayoría de empleados.

c) con gran satisfacción del Gobierno y del sindicato se ha dado un buen golpe a la nivelación de los salarios en todo el sector. En realidad, mientras los incrementos para los niveles más bajos oscilan entre el 15 y el 25% con contrato normal (en el 85), para los dirigentes se va del 70 al 116%, más numerosos pluses sustanciosos. Es decir, se han reestablecido los valores de profesionalidad y jerarquización salarial que dan pie a las diferencias de poder en la toma de decisiones y de apoyo a las estructuras.

d) se han reducido notablemente los incrementos automáticos (como los de vejez) a favor de la llamada «parte negociada del salario», restituyendo significado a la existencia del sindicato en un sector en el que se estaba convirtiendo en un apéndice del departamento encargado del personal.



Con un puñado de calderilla se ha cerrado definitivamente el contencioso de la «ancianidad anticipada» que en los años pasados había sido uno de los caballos de batalla de los sindicatos autónomos, causa de litigio entre sectores distintos y de descontento entre el personal con más tiempo de servicio. Reaparecen numerosos pluses (complementos) que en la fase precedente habían sido eliminados para dar transparencia a los salarios: de vigilancia para los vigilantes, de riesgo para los trabajadores en los servicios de alcantarillas, de disposición permanente para los del servicio de aguas, etc, hasta la introducción de complementos por asistencia y productividad y a las actualmente denostados «servicios extras» en el sector sanitario. En este aspecto, el intento de colmar la diferencia precedente que existía con el sector privado, ha acabado por producir unos resultados, incluso, demasiado halagüeños y firmes.

Fundamentalmente, las manipulaciones sobre el salario permiten, con las primas a los directivos ofrecer una sólida base material a la aplicación de la ley marco,

la cual prevé que los dirigentes de los negociados se hagan plenamente responsables de la gestión de aquéllos. Paralelamente, se ha previsto formas de selección y estratificación de las funciones directivas que deberán garantizar una mejor identificación entre los políticos que gestionan la administración y los técnicos que la aseguran. No es por casualidad que sea este uno de los puntos de mayor discrepancia entre Administración y sindicatos (por ejemplo en los entes locales) y entre los mismos sindicatos. El otro motivo de discrepancia ha venido a ser la clasificación de las categorías medias-altas en los grandes ayuntamientos en relación a los entes de menor dimensión. De hecho, se viene a crear una considerable diferencia de salarios entre funciones similares, según sean desarrolladas en entes locales más o menos grandes. Naturalmente, más que de una abstracta cuestión de igualdad retributiva de lo que se trata es de una cuestión de poder efectivo gestionado a nivel nacional y a través del cual pasan las clientelas de los partidos y sindicatos.

En conjunto nos encontramos frente a una estructura contractual bastante rígida y centralizada que responde a la exigencia de reducir el salario social (servicios) para todo el trabajo de contratación pública en un momento en el cual se encuentran grandes dificultades para intervenir sobre el salario directo con el arma de la inflación cifrada por los índices previstos. El bloqueo de los órganos puestos en marcha en el 77, el aumento progresivo de todas las tarifas en los servicios, el sistema de tickets imperante en la asistencia sanitaria por un lado y las nuevas atribuciones impositivas de los entes locales, por otro, son la expresión correcta del corte dado a los gastos y del aumento de los ingresos a través de los cuales el gobierno intenta controlar el déficit. Un monetarismo de rostro humano, donde las asperezas sociales de la Escuela de Chicago son atenuadas por un uso elástico de la capacidad ocupacional del sector público, bien ofreciendo trabajo a un numeroso grupo de eventuales bien por la estabilización de una tasa de empleo en función del tum-over o, en fin, eliminando cualquier fracción demasiado conflictiva y dividiendo cada vez más de un modo artificial las categorías a fin de impedir peligrosas vinculaciones. Las vicisitudes de los contratados eventuales de la enseñanza en los últimos años es ilustrativa de la astucia del gobierno y los efectos de pacificación progresiva han sido particularmente evidentes para quienes han asistido a las últimas oposiciones.

Esta función de amortiguadores sociales atribuida al sector público explica, posiblemente, la cautela y la dosificación con la que es modificada la organización del trabajo y el impacto modesto de la informática, con la excepción de los sectores encargados de la contabilidad financiera y de la compulsa y certificación de documentos.

Para incrementar la productividad se ha preferido generalmente intervenir sobre el salario, ocultando los incentivos y los complementos que los sindicatos se aprestan a presentar como las verdaderas conquistas de la última ronda de convenios antes que sobre las estructuras de los servicios mismos. Los únicos cambios efectivos han estado presididos por la lógica del ahorro en aquellos sectores directamente destinados a los usuarios: enseñanza, medicina, pensiones, guarderías, etc, donde la «recualificación» del personal encuadrado en las categorías inferiores se ha visto correspondida por un aumento de las responsabilidades laborales y por un empeoramiento de la calidad de los servicios. Se ha utilizado personal con baja calificación (y bajo salario) en funciones que hasta hace pocos años eran desempeñados por personal con calificación superior.

Se han incrementado las horas extraordinarias obligatorias para los enseñantes, reduciéndose las suplencias y aumentados los ritmos de los turnos en las instituciones sanitarias. A la utilización más restringida de las horas extraordinarias en los sectores administrativos, corresponde su aplicación en los servicios sociales, donde sirve para cubrir una carencia endémica de personal.

El hecho de que la productividad aumente de forma gradual y la reorganización de los servicios no se realice de golpe sólo ha permitido que se continúe reproduciendo la vieja y difundida opinión según la cual poco es lo que realmente cambia. O, por lo menos, ha permitido que así ocurra en los sectores administrativos poco afectados aún por el cambio. Por contra, en el sector de servicios se empiezan a apreciar una preocupación generalizada y, en más de una ocasión, significativas reacciones e iniciativas de lucha.

No es por mera casualidad que las únicas luchas con objetivos salariales igualitarios de esta primavera (1983) se hayan realizado en los hospitales milaneses. Tampoco es casual que se haya incubado en el seno de las dificultades que entrañan la puesta en práctica de los acuerdos referidos a los entes locales, las iniciativas de lucha de sectores como guarderías, enseñanza, asistencia a los ancianos y hasta de los guardias municipales así como algunos destellos de los sectores obreros. Las movilizaciones se van extendiendo en el sector del transporte, entre los controladores de vuelo, entre los médicos adscritos a los hospitales, con motivaciones y objetivos diferentes.

Si es cierto que la crisis del sindicato es menor en la empresa pública que en la empresa privada, es igualmente cierto que el rechazo es mitigado casi exclusivamente por las relaciones clientelares con que los sindicatos garantizan la estabilidad a algunas categorías de trabajadores. Una parcial explicación de

la resistencia del sindicato la podemos encontrar en el hecho de que la estabilidad ocupacional de la mayor parte del sector (excluidos obviamente los eventuales) y el cumplimiento de la escala móvil, han permitido que no se delatase la disposición del sindicato a hacer concesiones.

La acción conjunta de los topes de incremento salarial que afectan actualmente a la parte más importante de la nómina y de la previsión fiscal progresiva, ha permitido a lo largo del tiempo una gradual equiparación de los salarios de los empleados privados y públicos, sin que estos últimos se viesen afectados por la inestabilidad y los problemas del sector privado. Además, no debe olvidarse que, a igual salario, no se corresponde, sin embargo el mismo trabajo: de hecho, a pesar de todo, las condiciones de vida han permanecido netamente mejores en la empresa pública.

La charlatanería en torno a la profesionalidad y a algunos incentivos salariales ofrecidos en el curso de las reestructuraciones que ha afectado a la sanidad y a los entes locales ha permitido la división y el mantenimiento de la calma en los sectores más sensibilizados respecto a las retribuciones. Son con todo, sectores que empiezan a apuntar a sus propios límites y es previsible que en el caso de que posteriormente sea violada la escala móvil, las contradicciones se agudizarán.



Si analizamos el convenio de los entes locales descubrimos que, seis meses después de su formalización como ley, no existe una región en Italia donde haya sido aplicada. Hemos visto anteriormente los puntos de fricción entre los distintos sindicatos y los representantes de las administraciones de los entes; pero si intentamos hacer una lectura de estas contradicciones desde el punto de vista de la composición de clase, encontramos posicionamientos bastante matizados:

- la C.I.S.L., que tradicionalmente encuentra su audiencia en los sectores administrativos y técnicos

de media calificación, los profesionales de la enseñanza, guardias, así como algunos grupos de cuadros, a privilegiar el trato de los niveles directivos, acepta que sean generalizados los guardias y profesionales de la enseñanza con la esperanza de que a los primeros se les contente con los complementos introducidos y a los segundos con la equiparación (de su situación) respecto al sector estatal a la espera de proceder a una mejor homogeneización.

- la U.I.L. tiene su clientela entre las categorías de calificación media jugando con habilidad el papel de una profesionalidad de contenidos bastante vagos, que asume la forma de una confrontación entre pequeños «lobbies» (grupos de presión) que antepone sus respectivas particularidades. En el desarrollo de sus funciones, la U.I.L. no se ve obstaculizada como las otras dos grandes confederaciones y no tiene las manos atadas por relaciones demasiado estrechas con cualquier sector, en particular: es como el perejil (pero con demagógico entusiasmo) que vale para muchos guisos. Junto al C.I.S.L. propone aplicar el convenio en dos fases: la primera, más bien restrictiva, debería abarcar a todos los empleados; en la segunda, se debería realizar una especie de censo para «reconocer» el eventual desarrollo de tareas superiores. En resumen, una especie de premio a la fidelidad para los trabajadores más celosos en el cumplimiento de su labor.

- el C.G.I.L. es quien está en mayores dificultades: mientras sus relaciones con el poder local han sufrido duros reveses de un tiempo a esta parte no puede excederse dejando las manos libres a sus corrientes de izquierda: muchas veces tensiones de escasa importancia y localizadas se han transformado en oleadas difícilmente controlables. Por otro lado debe explicar a las categorías de trabajadores entre los que encuentra implantación que son exactamente ellos quienes son los más perjudicados con estos convenios: personal subalterno, educadores de guardería, obreros, guardias, salen en conjunto poco favorecidos. Algún ayuntamiento podrá jugar alguna baza jurídica para incorporar en mejores condiciones a algunas categorías de obreros; pero es difícil ir más allá de esto, la dificultad de elaborar un proyecto claro y autónomo sobre la cuestión de la escala móvil paraliza al C.G.I.L.

Las divisiones llevadas a cabo dentro de los sectores de más baja calificación han permitido controlar las tensiones en los años pasados, pero a costa de perder influencia en estos sectores que crecientemente se dan cuenta que no están representados en el interior de las estructuras sindicales. No deja de ser significativo que una de las principales reivindicaciones del ciclo de luchas de finales de año ha sido la de poder elegir delegados propios, fuera del sindicato, que contradicen las conversaciones con la administración sobre la aplicación

de los convenios. Es de estos trabajadores de donde provienen las señales más patentes de insatisfacción y que, en un futuro próximo podrían crear obstáculos serios.

Esta es la situación en los entes locales pero con modificaciones de escasa importancia, podría extenderse a los otros sectores.

El aspecto más paradójico de estos convenios es que conllevan el riesgo, a causa de la excesiva rigidez de la normativa jurídica general y de sus propias estructuras, de desencadenar una serie de tensiones quizás sectoriales, locales, categoriales, que pueden tener un efecto detonador respecto a un descontento que hasta hoy ha sido controlado de forma extremadamente elástica.

Después del ciclo de luchas del 78-79, el Estado había dirigido sus esfuerzos en el sentido de descomponer el carácter unificador de clase que había sido el eje de la lucha y había respondido en el terreno de la política salarial, aunque no de la misma forma en todos los sitios. Reestructuraciones ente por ente, habían creado un nivel de fragmentación difícilmente recomponible desde la base. En este aspecto se ha retornado el trabajo de homogeneización entre los diversos sectores con la ley Marco con la programación centralizada de los techos máximos del gasto y con la formal abolición de la contratación local en lo que a fijación de salario se refiere. Estos convenios generalmente gestionados a nivel central, entrañan el peligro de ser un lastre demasiado pesado de cara al obstáculo que se pretende salvar: muchos de estos convenios chocan con las condiciones jurídicas preexistentes; pero sobre todo chocan con las expectativas de incremento salarial esparcidas sin tasa durante los procesos de reestructuración. ¿Hasta qué punto la necesidad de obtener apoyo en sectores tradicionalmente regidos por sistemas clientelares aguantará la prueba de este nuevo rigor?

La contratación local y empresarial, echada por la puerta, parece querer entrar por la ventana: sin acuerdos locales específicos que consideren las particularidades jurídicas organizativas y salariales anteriores ya consolidadas, los convenios parecen inaplicables y en cualquier caso, parecen destinados a dejar tras de sí una larga estela de descontento e inestabilidad. Volver a conceder un espacio a la contratación descentralizada querría decir de un lado volver a abrir los grifos del gasto público que con tantas dificultades se ha encontrado y por otro, dejar abiertos los canales de lucha con contenidos al alcance de los foros espontáneos de autoorganización de los trabajadores.

G. Soriano. Florencia, invierno 1983-84

Hemos recibido...

De Buenos Aires y Brasil nos han llegado algunos materiales de grupos más o menos libertarios y autogestionarios que están a vuestra disposición.

Firmado por GRUPOS DE AUTOGESTIÓN de Buenos Aires, agosto 1983, uno de ellos titulado «La lucha desde abajo es el único camino», empieza el artículo repasando el proceso de los últimos años:

«Estos siete años del llamado Proceso de Reorganización Nacional, desembocaron en la miseria para todo el pueblo argentino. Los salarios de hambre, la desocupación, los continuos tarifazos y aumentos de precios, la falta de viviendas, el desastroso estado de la salud pública, la degradación cultural y educativa, la represión en todo sentido, la censura, en fin, no es necesario profundizar la denuncia de una situación que todos vivimos en carne propia.

Lo que si es necesario recordar frente al actual carnaval politiquero es quiénes fueron los instigadores del golpe y cómplices de la dictadura.

El socio mayor y principal beneficiado con el régimen ha sido la patronal. La «patria financiera» hizo su agosto por medio de maniobras y tranzas fraudulentas de todo tipo con el ahorro y el crédito público. Las grandes empresas multinacionales hicieron y deshicieron a su gusto y antojo: pagando sueldos miserables, cerrando fuentes de trabajo, aumentando los ritmos de producción, pisoteando las conquistas laborales. La patronal argentina, mientras dejaba caer sus lágrimas de cocodrilo por «la destrucción del aparato productivo», cerraba también sus fábricas para dedicarse a la especulación financiera y al contrabando legalizado, o bien, continuar explotando a los trabajadores. Los jefes de las empresas estatales se enriquecieron con suculentos sueldos y escandalosos negociados.

Hoy se nos quiere hacer ver a Martínez de Hoz y sus secuaces y al imperio capitalista como los únicos responsables de la bancarrota económica. Ocultando que toda la patronal fue el principal soporte y la primera beneficiaria del proceso, aumentando muchísimo la explotación a los trabajadores.

Los políticos y la iglesia que hoy nos hablan de democracia apoyaron decididamente o hicieron la vista

gorda mientras se saqueaba a los trabajadores y se reprimía sangrientamente, con asesinatos, desapariciones y persecuciones de todo tipo, cualquier intento de oposición o reclamo. Ahora se nos quiere hacer creer que Massera y los grupos para-militares fueron los únicos que reprimieron. Sin embargo, lo cierto es que absolutamente todos los organismos de seguridad fueron los protagonistas de la represión, comandados por la Junta Militar y con las complicidades ya apuntadas.

Amplios sectores de la burocracia sindical capitaneados por Triaca, Etchezar y compañía, fueron los sirvientes de la intervención militar en los sindicatos a cambio de que se les mantuvieran sus lujos y privilegios. A otros burócratas, luego de algunas fricciones con la dictadura les fueron devueltos todos los privilegios para servir como fusibles de reserva en el próximo gobierno. Tal es el caso de Lorenzo Miguel en su reclusión con T.V. color incluida. De este modo todos ellos cumplieron su tradicional papel de freno de las luchas obreras y de sometimiento de los trabajadores a los planes de la patronal. Todo esto ocurría mientras miles de militantes obreros eran encarcelados, torturados, asesinados y perseguidos».

La crisis

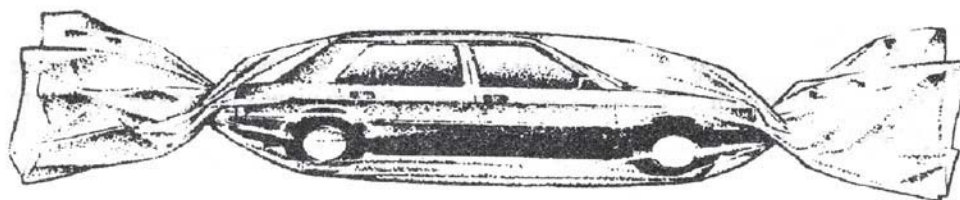
«La dictadura desenfrenada de los militares y el descontento popular que se iba gestando silenciosamente hizo que algunos sectores dominantes dieran un paso al costado del seguro desastre al que se dirigía el Proceso. Así, se formó la Multipartidaria que comenzó a insinuar tímidamente la salida electoral. El sector «duro» de la burocracia sindical comenzó a reorganizarse con el mismo objetivo.

Ante el manifiesto desastre económico y la previsible reacción popular, la dictadura, desesperada y engeguedada intentó perpetuarse en el poder con la aventura de las Malvinas. Es así que después de la feroz represión del 30 de marzo, el 2 de abril, se anuncia la toma de las islas.

El triste final de la guerra es la gota que rebasa el vaso de una crisis que hace peligrar a los privilegiados: la ganancia de los patrones y el poder de sus socios,

los militares, los políticos, los sindicalistas, en fin, el poder de los que mandan. Una crisis que hace peligrar la seguridad del orden autoritario que permite que a todos nos dominen.

El Proceso de Reorganización Nacional desorganizó hasta tal punto todos los sectores de la sociedad, que llegó a entorpecer los mismos intereses que vino a defender, los intereses de la clase dominante. Fue tanto el descontrol que hoy los mismos militares no saben a quién mandar al frente como culpable del desastre. Esto produjo una crisis de poder en las instituciones del Estado enfrentando a los distintos grupos de intereses entre sí, con el peligro de que sus diferencias les hagan perder la mínima unidad que deben tener para mantener al pueblo bajo su control. Estas pugnas se reflejan con mayor intensidad en la institución más concentrada y poderosa del Estado: las fuerzas armadas, amenazando con terminar en graves enfrentamientos internos entre los militares».



«Con la derrota en la guerra se produce el virtual derrumbe de la dictadura que se ve obligada a llamar a elecciones. Ante el desorden reinante y la posibilidad de una explosión popular, tan cacareada por los políticos, las elecciones son una válvula de escape para la caldera social, y una nueva manera de reorganizar las bases del privilegio. Son una concertación entre los patrones, los militares, los políticos, los curas y la burocracia sindical, para salvar los intereses de ellos mismos. Y esta concertación sigue en pie aunque algunos sectores militares amenacen con patear el tablero dando un nuevo golpe de Estado.

Todos recordamos como después de las Malvinas desde los mismos canales de televisión y medios de difusión donde las eminencias del Proceso habían declarado que «las urnas están bien guardadas», se empezó a bombardear al pueblo con las «virtudes de la democracia», poniéndola una vez más como la fórmula mágica que soluciona todos los problemas.

Las elecciones han sido alentadas desde arriba, como única salvación de los que se benefician con el sistema de privilegio, ante el descalabro creado por la dictadura. Después de tanto machacar lograron convencer a la mayoría del pueblo de que va a haber una solución.

Nosotros sostenemos que esto no es más que una cortina de humo para mantenernos oprimidos. Lo que decimos puede parecer a primera vista como un análisis muy pesimista de lo que vendrá, pero veamos el fondo de la cuestión».

Posteriormente el artículo pasa a analizar el esquema de democracia parlamentaria o indirecta que critican en base a lo que ellos creen como alternativa, la democracia directa o de base (autogestión, lucha autónoma de los trabajadores, asambleas y delegados rotativos y revocables...).

Análisis por otra parte muy manidos aquí entre nosotros estos últimos años pero que hoy nos parecen faltos de una mejor comprensión de lo que es y hace el proletariado hoy y de una mejor comprensión del comunismo como negación y superación histórica del capitalismo y como inicio de una nueva actividad

humana, centros mayores de interés de nuestro boletín.

Otro escrito recibido es *La autonomía de la clase trabajadora*, editado por el grupo AUTONOMÍA OBRERA también de Buenos Aires. Insiste en la crítica del reformismo y del sindicalismo reformista, así como del sindicalismo combativo o izquierdista para recabar en las ideas de autoorganización, autogestión, acción directa, desde una posición militante.

Dentro también del medio libertario, el COLECTIVO AUTONOMÍA escribe el folleto *A propósito de la campaña por las elecciones directas*, (Sao Paulo-Río de Janeiro 1984) denunciando la demagogia de tal campaña dirigida por los sectores de la clase dirigente actualmente alejada del poder central y en la que participan las capas intermedias y que podría vislumbrar una nueva estrategia del capital en América del Sur cara a canalizar la insatisfacción real hacia una práctica política propia (elecciones, partidos...) en el sentido de ceder un poco para guardar lo esencial. Reafirma la única alternativa posible: la acción autónoma y directa de los trabajadores.

Damos referencia de la revista *TODOS A UNA* que es el medio de información de los compañeros organizados en torno a los colectivos autónomos de trabajadores con presencia en diversas empresas de Cataluña.

Se trata de una revista que, partiendo de una explícita afirmación de la autonomía obrera y de una posición netamente anticapitalista se propone reflejar las inquietudes, reflexiones y noticias de primordial interés para los trabajadores desde los propios trabajadores.

Como ellos mismos confiesan, no pretenden agotarse en la mera temática laboral sino abrirse a la realidad diversa de la vida del proletariado mediante «artículos de actualidad que reflejen las posiciones de la autonomía obrera ante los hechos cotidianos, de supervivencia a través de temas ecológicos, vivenciales...».

Si deseáis suscribiros (cosa que recomendamos), podéis contactar en la siguiente dirección: **TODOS A UNA**, calle Rech Comtal, 18, 1º 1ª, 08003 BARCELONA.

